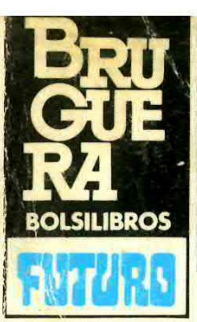
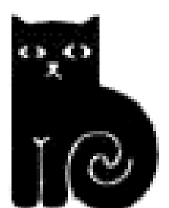
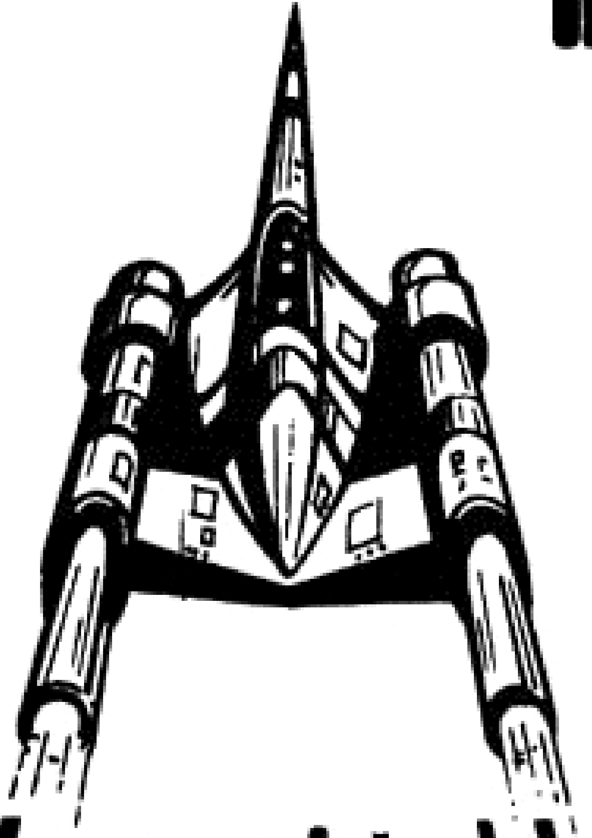


FRONTERAS DE LA GALAXIA

Clark Carrados

CIENCIA FICCION





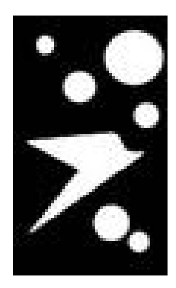
La conquista del ESPACIO

CLARK CARRADOS

FRONTERAS DE LA GALAXIA

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 681

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA - BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal B 26.298 - 1983
Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición en España: MARZO, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

CAPITULO PRIMERO

Con aire entre asombrado y escéptico, Nick Feldon contempló la nave que se hallaba en el interior del enorme cobertizo y luego volvió sus ojos hacia el autor.

—De modo que usted asegura que su aparato viajará por el espacio a una velocidad... ¿cuántas veces superior a la de la luz ha dicho, profesor?

El autor, y constructor, de la nave, se aclaró un poco la garganta antes de contestar:

—Amigo mío, no sé si usted me va a creer o no, pero puedo garantizarle que mi nave alcanzará, como mínimo, una velocidad cien veces superior a la de la luz que, como no ignora, es, en cifras redondas, de trescientos mil kilómetros por segundo.

Debido a su juventud, Feldon era espíritu abierto a todo, pero la respuesta del profesor Mirkoff, dicha con la suficiencia de una seguridad absoluta en sus palabras, le hizo dar un pequeño respingo.

—Ha dicho cien veces...

—Sí, treinta millones de kilómetros por segundo.

—Entonces, en cinco segundos, estaríamos en el Sol...

—Pero, hombre —rió Mirkoff—, ¿es que tiene ganas de morir achicharrado? Yo me refería a viajar a otros planetas, a mundos habitados que, en la actualidad se encuentran en posiciones inalcanzables para las naves actuales, incapaces de salir del sistema solar.

—Comprendo. Mundos habitados... ¿Por ejemplo?

—Hace ya tiempo que se tienen noticias de que, en *Próxima Centauri,*

hay un planeta con indicios de estar habitado por seres inteligentes. Las señales de radio que se reciben, evidencian de todo punto que esos seres desean entablar relaciones con nosotros. Pues bien, yo pienso viajar allí y comprobaré *in situ* la realidad de la existencia de otros seres con inteligencia. Estableceré relaciones con ellos y volveré a la Tierra a comunicar mis descubrimientos. Además, este viaje servirá para probar mi nave, a base de la cual se construirán en el futuro otras naves que permitan viajar, no sólo a la constelación mencionada, sino a otras mucho más lejanas.

Fantástico —dijo Feldon—. Es cierto que he oído hablar de ese planeta... por cierto, ¿qué nombre le han dado?

—Siddonia, derivado del doctor Siddon, que fue el primero en averiguar que las señales procedían de personas. No sabemos si tendrán nuestra figura física, pero, si son inteligentes, se les puede calificar de personas.

—Comprendo. Y ahora, profesor, quiero que me aclare unas dudas. Mis lectores se lo agradecerán, sin duda.

Mirkoff hizo un leve gesto de aquiescencia.

—Estoy dispuesto a contestar a cuantas preguntas me haga, amigo mío —dijo—. Pregunte, pregunte sin temor, señor Feldon.

—Nick para usted, profesor —sonrió el joven—. Si no me equivoco, la distancia a Siddonia es de cuatro coma tres años luz, lo que, en kilómetros, representa...

—Mejor que en kilómetros, expresaremos la distancia en tiempo. Cuatro años y un tercio son cincuenta y dos meses, o sea mil quinientos ochenta días. Por tanto, la luz emplea esa cantidad de días en llegar desde *Próxima* a la Tierra. Pero si viajamos a una velocidad cien veces superior, tardaremos solamente quince días y ocho décimas de día... Bueno, nos vamos a ser tan cicateros. Pongamos dieciséis días y ya está bien, me parece.

—Magnífico, desde luego —corroboró Feldon—. Aunque me parece que algo de tiempo se perderá en los períodos de aceleración y deceleración; no se puede arrancar ahora y en diez minutos estar volando a treinta millones de kilómetros por segundo.

—Oh, por supuesto, pero esos períodos, en todo caso, no superarán una semana en cada caso: es decir, una semana para acelerar y otra para decelerar. Después... no se puede predecir, claro está, el tiempo que se empleará en la exploración y toma de contacto con los habitantes de Siddonia. Pero el viaje, en sí, durará un mes, aproximadamente.

—La nave, por supuesto, estará bien aprovisionada... Mirkoff soltó una risita.

—Hay agua y provisiones suficientes, para cuatro viajeros, durante un año. Si son dos, podrían vivir dos años. Uno solo, cuatro años...

—No se deja usted detalle en el tintero, perdón, en el supermercado —dijo Feldon jovialmente—. Pero ahora querría que me aclarase una duda. —¿Sí, Nick?

—Se ha dicho, y sostenido hasta la saciedad, que si un hombre viaja a velocidades muy próximas o iguales a las de la luz, llega a un planeta, Siddonia por ejemplo, y vuelve luego a la Tierra... Bien, a la velocidad de la luz, más el tiempo de exploración, pongamos seis meses, tardaría nueve años en el viaje de ida y vuelta; y a su regreso, si para él habían pasado solamente nueve años, aquí, en la Tierra, habrían transcurrido noventa o doscientos o Dios sabe cuántos...

—¡Falso, falsísimo de todo punto! —exclamó Mirkoff enérgicamente —. Y se lo voy a demostrar con un ejemplo práctico.

Feldon llevaba una diminuta grabadora, con la cual recogía todas las palabras del profesor. Iba a ser un reportaje excepcional, se dijo, y adornado además, con unas cuantas

fotografías de la nave que, por primera vez, iba a romper la barrera de

la luz.

La barrera de la luz y del tiempo, pensó, una barrera que, bien podía decirse, era la primera frontera de la Galaxia que un terrestre tenía que salvar, si deseaba salir del sistema solar.

Mirkoff volvió a carraspear y el joven se dispuso a grabar sus respuestas.

* * *

—Nick, suponga que viaja usted en tren de Nueva York a San Francisco. A pesar de todos los adelantos, ese viaje sigue costando cuatro días. Bien, usted sale a las nueve de la mañana y llega a San Francisco cuatro días después, a la misma hora, dejando de lado la diferencia horaria debido al meridiano. En el momento que usted pone el pie en la estación de arribada, son las nueve en Nueva York. Emprende el regreso inmediatamente e invierte otros cuatro días en el viaje, ocho días en total. Pero ¿qué pasaría si pudiera regresar instantáneamente en el momento de la llegada?

Feldon hizo un gesto de ignorancia. Con aire confianzudo, Mirkoff apoyó la mano en su hombro:

—Si pudiese hacerlo, está claro que para los otros habrían pasado cuatro días, mientras que para usted habría transcurrido una fracción infinitesimal de tiempo, acaso una millonésima de segundo. Pero como eso no puede ser, regresa por la ruta normal y emplea otros cuatro días y llega al cabo de ocho, con lo cual, el tiempo ha transcurrido exactamente igual para ambas partes: viajero y espectador. ¿Lo entiende?

—El viaje a Siddonia es distinto, profesor —alegó el joven.

—¡No, en absoluto! Sólo varía la distancia y el ambiente. Yo viajaré por el espacio y en una astronave, en lugar de un cómodo Pullman. Cuando llegue a Siddonia, si en ese mismo instante, pudiera regresar,

instantáneamente, repito, es posible que hubieran transcurrido noventa o doscientos años como ha dicho antes. Y posiblemente, es así; pero luego yo emprendo el regreso por la misma ruta... y regreso a través de la misma línea del tiempo, viajando de nuevo hacia atrás en el tiempo, ganando tiempo otra vez... dejando a Siddonia atrás en noventa o doscientos años de «su» tiempo. Mientras yo estoy allí, en la Tierra se han producido, teóricamente, muchos acontecimientos, que tendrán que suceder todavía cuando yo regrese. Y volveré, repito, al cabo de un período en todo caso inferior a un año.

Feldon se quedó boquiabierto.

—A la ida, se adelanta al tiempo y retrocede al regreso.

—A la ida, retrocedo en el tiempo de Siddonia y me adelanto al de la Tierra existente en el momento de mi llegada a Siddonia. ¿Comprende la paradoja? Otros tiempos, otras épocas, transcurrirán durante mi estancia en el espacio. Si estoy un año fuera, volveré aquí al cabo de un año; no hay que darle más vueltas.

Feldon sí sentía que la cabeza le daba muchas vueltas, porque, a pesar de todo, no comprendía aquella paradoja. Pero Mirkoff, parecía tan seguro de sí mismo...

Decidió hacerle la última pregunta, para terminar el reportaje:

—¿Cuándo piensa partir, profesor?

—¡Nunca! —sonó una clara voz femenina—. El profesor Mirkoff no realizará jamás ese viaje.

* * *

Los dos hombres se volvieron a la vez, enormemente sorprendidos por la irrupción de la recién llegada. Feldon, sin embargo, reaccionó y sacó su cámara en miniatura, con la que empezó a tomar fotografías de la desconocida.

Era una joven de unos veinticinco años, muy alta, sumamente esbelta, de cabello negro, severamente peinado, y ojos verdosos. Vestía una especie de traje de una sola pieza, azul oscuro, con botas incorporadas, de medio tacón, y chaleco del mismo color. Pendiente del hombro izquierdo, llevaba un bolso en el que, sin duda, guardaba sus objetos personales.

—¡Doctora Brown! —exclamó Mirkoff al cabo de unos instantes—. ¿Cómo puede usted afirmar tan rotundamente que yo no...?

—Discúlpeme, profesor —contestó ella—. He llamado varias veces a su casa y, en vista de que no me contestaba, me permití la libertad de venir a este lugar.

—Para soltar una burrada —dijo Mirkoff crudamente.

Ella dio un ligero respingo. Luego miró al joven.

—¿Quién es? —preguntó.

—Nick Feldon, del *Star Clarion* —se apresuró a presentarse el periodista.

—Encantada de conocerle, señor Feldon —dijo ella.

—El gusto es mío, doctora. Pero...

—Disculpe, señor Feldon —cortó ella fríamente—. Profesor, lo que dije antes es la pura realidad. Personalmente, lo siento, pero no puedo hacer otra cosa.

—Usted, uno de mis mejores discípulos... —se quejó Mirkoff amargamente.

—Ahora ocupo un cargo oficial, como usted sabe muy bien, y precisamente por ello, mis superiores me han comisionado para entregarle la orden por la que se le prohíbe emprenda tal viaje.

La doctora abrió el bolso, sacó un sobre alargado y lo puso en las

manos de Mirkoff.

—Es una orden oficial, profesor —añadió.

—Pero ¿por qué? ¿Qué daño hago yo a nadie con este viaje, si no llevaré siquiera un ayudante ni pondré en peligro las vidas de otras personas? —dijo Mirkoff en tono gemebundo, con el sobre sin abrir todavía en las manos.

Feldon, desconcertado, vio que la joven se ponía colorada.

—Lo siento, profesor; no me han dado explicaciones. Sólo me pidieron le trajera el mensaje —contesto ella.

—¿Pueden hacerlo? —preguntó Feldon—. Hay ciertas leyes...

—A las cuales, naturalmente, ha recurrido el gobierno. La ley de «Altos Intereses del Estado Planetario».

—Sí, una ley muy cómoda, que permite arbitrariedades como la que acabo de presenciar —dijo el joven—. Lo publicaré en mi periódico, doctora, no lo dude.

Ella se encogió de brazos.

—Está en su derecho, señor Feldon —replicó. Hizo una inclinación de cabeza, dio media vuelta y se marchó con paso largo y fácil, dejando a dos hombres sumidos en un completo desconcierto y a uno de ellos, además, lleno de amargura,

Feldon apretó los labios.

—¿Por qué diablos tienen que hacerle esa canallada? —masculló, vivamente enojado—. Es una vergonzosa arbitrariedad...

De pronto, se interrumpió.

Mirkoff, arrastrando los pies, salía del cobertizo en aquel momento, hundidos los hombros, abrumado bajo el peso de una orden que no

podía desobedecer. Al verle, Feldon se formuló el propósito de ayudarle en cuanto pudiera, y no sólo con un reportaje publicado en su periódico.

Tenía que averiguar por qué alguien, con un cargo muy elevado en el gobierno, había prohibido el viaje a Siddonia. Era tanto como prohibir franquear la primera de las fronteras de la Galaxia.

¿Por dónde empezar?, se preguntó.

Tardó muy poco en hallar la respuesta. La doctora Brown no parecía haber realizado de muy buena gana la misión que le había sido encomendada.

—Empezaré por ella —dijo, resuelto.

CAPITULO II

Jadeante, sin resuello, con el corazón a punto de salírsele por la boca, Jack Bentee se agazapó tras unos matorrales, tratando de tomarse un pequeño descanso. La policía y los guardias del penal del que se había evadido le perseguían enconadamente. Si le encontraban, no iban a ser precisamente benévolos con él.

Bentee tenía pendiente una condena de cadena perpetua por cuatro asesinatos, cometidos a sangre fría. Pero no estaba dispuesto a dejarse su pellejo entre cuatro paredes. Aún no había cumplido los treinta y cinco años y era razonable esperar vivir sesenta o setenta años más.

La perspectiva de una existencia sujeto por los altos muros del penal se le hacía insoportable. Cualquier cosa, incluso la pérdida de la vida, era preferible a la prolongación de aquella situación un minuto más de lo absolutamente indispensable.

Había tardado años enteros en planear la fuga y la recompensa merecía la pena, pero, en el último instante, alguien le había fallado y el hombre que debía aguardarle con su aeromóvil en un lugar determinado, no había dado señales de vida.

Por tanto, había tenido que huir a campo traviesa, maldiciendo amargamente al cómplice que no había sabido cumplir su promesa. Cuando lo encontrase, se lo haría pagar caro.

Al cabo de unos momentos, sintiéndose mejor, se alzó un poco y miró a su alrededor. Frente a él, a unos cientos de metros de distancia, se divisaba la silueta de un enorme cobertizo, recortándose en negro contra el fondo algo más iluminado del cielo estrellado.

Bentee caminó hacia allí, con la esperanza de hallar algún vehículo que le permitiese marchar muy lejos de aquellos parajes. Minutos más tarde, encontró una puerta.

Pasó al otro lado. Encendió un fósforo y vio un interruptor. La luz de

varias potentes lámparas iluminó instantáneamente el interior del cobertizo.

Los ojos atónitos de Bentee contemplaron la enorme nave que relucía bajo el resplandor de las lámparas. La escotilla lateral estaba abierta, con la escala de acceso tendida, y subió sin vacilar.

En aquellos momentos, Bentee recordó tiempos pasados. Hubo una época en que casi estuvo a punto de recibir el diploma de piloto espacial. Prácticamente, estaba graduado, pero su mal genio le había impulsado a dar una paliza a un profesor, que mariposeaba en torno a una alumna, de la cual estaba él enamorado y...

Meneó la cabeza para dejar atrás aquellos pensamientos. Recordar el pasado no servía de nada. El presente tenía mucha más importancia para él... y ese presente podía dar paso a un futuro nada agradable si le echaban el guante.

Lentamente, entró en la nave. Las luces se encendían automáticamente a su paso. Encontró algunas cosas conocidas y otras no, pero poco de lo que había allí le resultaba extraño.

Al fin, llegó a la cámara de mandos. Buscó el sillón del piloto y se sentó, acariciando con los dedos las innumerables teclas y palancas que tenía ante sí. Parte del cuadro de mandos era exactamente igual al que él conocía de sus tiempos de cadete. Había otra sección, nueva para él, pero con indicaciones sumamente precisas, en cada uno de los mandos.

De pronto, cuando menos lo esperaba, oyó a lo lejos ciertos sonidos que le hicieron recordar su situación.

Aullaban los sabuesos lanzados en su persecución. Bentee no lo dudó más.

Presionó un botón: CIERRE DE ESCOTILLA.

Otro decía: APERTURA DE CÚPULA. También lo apretó y las dos

mitades del techo del cobertizo giraron silenciosamente a los lados.

Una tercera tecla tenía la inscripción: DESPEGUE PROGRAMADO.

En aquellos momentos, a Bentee le importaba muy poco el lugar a donde se dirigiría la nave. Ya tendría tiempo de formular su propio programa de viaje.

Encendió la televisión. Las cámaras tenían objetivos infrarrojos y pudo ver los guardias y los perros a menos de cien metros de la nave.

Entonces, sin pensárselo ya más, apoyó el índice en la tecla de DESPEGUE PROGRAMADO y presionó a fondo.

* * *

Nick Feldon se detuvo ante la puerta en la que se veía una pequeña placa de metal dorado, con letras negras que formaban un nombre: Kilda Brown.

—Aquí es —dijo.

Y tocó el timbre de llamada.

Esperó unos momentos. La puerta se abrió al fin.

—Señor —saludó respetuoso un hombre de metal.

Feldon se quedó estupefacto.

—¡Atiza, un robot! —exclamó, sin poder contenerse.

—Tengo ese honor, señor —dijo la máquina con figura humana—. ¿Puedo preguntar al señor qué desea?

El joven trató de recuperarse de la impresión sufrida.

—Deseo ver a la doctora Brown. Mi nombre es Nick Feldon. Ella me conoce ya —contestó lentamente, a fin de que sus palabras quedaran

grabadas en los circuitos del robot.

—Tenga la bondad de pasar y aguarde un momento, señor. Iré a avisar a la doctora inmediatamente, señor. La doctora está en el baño, señor.

«Demasiado mecánico, a pesar de su aparente perfección», pensó Feldon, mientras veía alejarse al robot con pasos perfectamente iguales, pero dados con una rigidez que no tenía nada de humana.

Sin embargo, podía resultar una ayuda inapreciable para una persona. Un criado humano era algo en lo que los simples mortales no podían pensar siquiera. Kilda, se dijo, había solucionado el problema, construyéndose aquel robot, que debía de servirla a la perfección.

Transcurrió un cuarto de hora. Ella se hizo visible al fin, envuelta en una bata y con el pelo cubierto por una toalla. Había impaciencia en su hermoso rostro y ello desagradó de inmediato al visitante.

—Señor Feldon... —saludó glacialmente.

El joven hizo una ligera inclinación.

—Es un placer volver a verla de nuevo, doctora —dijo.

—Gracias. ¿Puedo servirle en algo?

Feldon meditó unos instantes. Al fin, decidió que lo mejor era hablar sin rodeos.

—¿Por qué han prohibido al profesor el viaje a Siddonia? —preguntó.

Kilda respingó ligeramente.

—No creo que eso le importe a usted, señor Feldon —contestó.

—¿Está segura de ello? A mis lectores les agradará saber por qué el gobierno prohíbe una experiencia científica que promete resultar apasionante, además de un enorme adelanto en todos los sentidos. De cada mil lectores, quizá sólo uno se decida algún día a viajar a

Siddonia, pero los demás querrán saber por qué un gobierno reaccionario y dictatorial prohíbe algo de evidente utilidad.

—La ley apoya al gobierno...

—Una ley redactada, aprobada y promulgada por ese mismo gobierno, doctora. Si ahora se promulgase una ley ordenándole recibir desnuda a sus visitantes, ¿la obedecería usted?

Kilda dio un tremendo respingo.

—¿Por qué habría de recibirle en esas condiciones? Sería una arbitrariedad...

—Idéntica a la que ha prohibido el viaje de Mirkoff.

—Pero yo no he tenido nada que ver con ello, señor Feldon.

—Sin embargo, le llevó la orden de prohibición.

—Me lo mandaron y tuve que obedecer.

—¿Sin pedir explicaciones?

—No me las quisieron dar.

—¿Quién, doctora?

Ella se mordió los labios.

—Mi... inmediato superior —contestó, reticente.

—¿Puedo saber su nombre?

—Sí, el coronel Schwarzkopf.

—He oído hablar de él. Se dice que es la «eminencia gris» del presidente Throgmorton.

—Sobre eso yo no sé nada, señor Feldon.

—¿Le dio razones para la decisión adoptada?

—No, sólo alegó la Ley de Interés del Estado Planetario...

—Y usted se lo creyó, doctora.

—¿Podía hacer otra cosa, señor Feldon?

El joven la miró unos instantes.

—Usted parece una mujer emprendedora. ¿Cómo se ha dejado atrapar por un cargo burocrático, donde impera la rutina más absoluta y donde toda iniciativa está proscrita?

—¿Y cómo sabe usted que yo no estoy a gusto en mi puesto?

—Me lo ha dicho su robot, doctora.

Kilda hizo un nuevo gesto de sorpresa.

—Mi robot no hace comentarios personales...

—Pero lo ha construido usted.

—Sí, desde luego.

—Lo cual demuestra iniciativa y espíritu emprendedor. Y eso casa muy mal con una mesa de despacho y un sillón cómodo.

—Trabajo en la División de Comprobación de Investigaciones, no estoy en un despacho el tiempo de la jornada habitual de trabajo —se defendió la joven. —Ah, vamos, una especie de inspectora. —Con un buen sueldo y horario flexible. —Comprendo. Es un buen cebo para despreocuparse de problemas cotidianos debidos a la falta de numerario. Pero ha dicho que es una especie de inspectora. —Sí, en efecto, así es.

—Entonces, ¿por qué no inspeccionó la nave del profesor? —Porque no me lo ordenaron, señor Feldon. —Pero alguien tuvo que hacerlo, ¿verdad? —No lo sé. Somos varios en el departamento y cada uno actúa independientemente de los demás.

—¿ Y no se reúnen nunca a comentar sus actividades? ¿No intercambian conocimientos? ¿Viven en compartimentos absolutamente estancos?

Feldon observó que Kilda parecía sentirse muy incómoda. —No tengo ganas de seguir hablando más del tema, señor Feldon —dijo la joven —. Si me permite, iré a vestirme... —Esperaré, aún no he terminado, doctora. —No. Le ruego se marche. Ya hemos terminado. De pronto, Feldon observó algo en los ojos de la joven. ¿Tiene miedo? Y si es así, ¿a quién o qué teme?», pensó. Iba a preguntárselo directamente, sin rodeos, cuando, de pronto, se oyó el zumbido del videófono y Kilda se dirigió hacia la mesa donde se hallaba situado el aparato.

* * *

El índice de la doctora presionó la tecla de contacto. La pantalla se iluminó instantáneamente y el rostro de un hombre de unos cuarenta años, de facciones duras, como talladas en granito, se hizo visible.

—Coronel Schwarzkopf... —saludó ella.

—Doctora, ¿cómo está? —saludó el hombre fríamente.

—Bien, coronel. ¿Qué desea de mí?

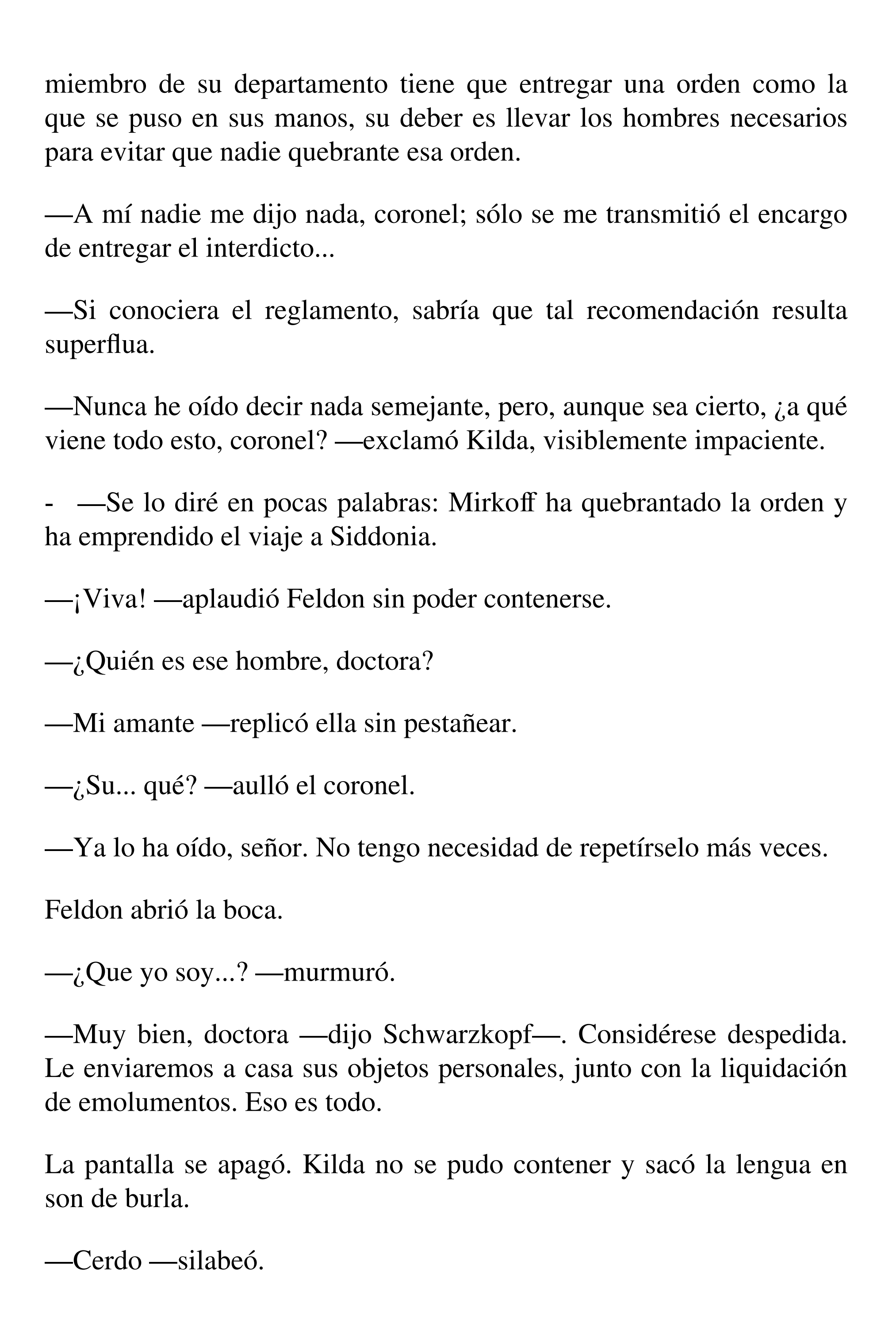
—¿Entregó al profesor Mirkoff la orden de prohibición de viaje?

—Sí, señor. Ayer...

—¿Qué más hizo, doctora?

—Nada, ¿qué más tenía que hacer? —se asombró la joven.

—Se ve que desconoce paladinamente el reglamento. Cuando un



miembro de su departamento tiene que entregar una orden como la que se puso en sus manos, su deber es llevar los hombres necesarios para evitar que nadie quebrante esa orden.

—A mí nadie me dijo nada, coronel; sólo se me transmitió el encargo de entregar el interdicto...

—Si conociera el reglamento, sabría que tal recomendación resulta superflua.

—Nunca he oído decir nada semejante, pero, aunque sea cierto, ¿a qué viene todo esto, coronel? —exclamó Kilda, visiblemente impaciente.

- —Se lo diré en pocas palabras: Mirkoff ha quebrantado la orden y ha emprendido el viaje a Siddonia.

—¡Viva! —aplaudió Feldon sin poder contenerse.

—¿Quién es ese hombre, doctora?

—Mi amante —replicó ella sin pestañear.

—¿Su... qué? —aulló el coronel.

—Ya lo ha oído, señor. No tengo necesidad de repetírselo más veces.

Feldon abrió la boca.

—¿Que yo soy...? —murmuró.

—Muy bien, doctora —dijo Schwarzkopf—. Considérese despedida. Le enviaremos a casa sus objetos personales, junto con la liquidación de emolumentos. Eso es todo.

La pantalla se apagó. Kilda no se pudo contener y sacó la lengua en son de burla.

—Cerdo —silabeó.

Y luego se volvió hacia el joven.

—Dispénsame, pero no he podido contenerme —añadió, tuteándole inesperadamente—. Esto era algo que debía haber hecho mucho tiempo antes y ahora creo que me he librado de un enorme peso.

—Pero doctora, yo no... usted y yo nunca... Sólo nos hemos visto una sola vez antes de ahora, ayer, precisamente...

—Sí, pero él no lo sabe —sonrió Kilda—. Nick, si me perdonas unos minutos, iré a vestirme y luego hablaremos y te explicaré muchas cosas, para que las publiques en tu periódico. ¿Querrás...?

—De mil amores —contestó él vivamente.

Kilda le dirigió una nueva sonrisa.

—Estaré contigo dentro de quince minutos —prometió.

La joven se alejó. Al quedarse solo, Feldon dio un par de zapatetas de alegría.

—Voy a poner a Schwarzkopf como un trapo —murmuró.

Pero no pudo seguir adelante con sus elucubraciones, porque, en el mismo instante, se oyó un agudísimo chillido de terror.

CAPITULO III

El grito de angustia, evidentemente proferido por Kilda, provenía del cuarto de baño. Feldon no conocía la disposición del apartamento, pero todas las puertas estaban abiertas y lo encontró en contados segundos.

Al llegar allí, se encontró con un espectáculo singular.

Kilda, completamente desnuda, tenía la espalda apoyada contra las paredes. El robot estaba frente a ella y sus ojos artificiales brillaban de un modo extraño.

—Nick... se ha vuelto loco... —dijo ella, aterrorizada.

—Eso es absurdo; un robot no puede volverse loco —exclamó el joven.

—Ha querido matarme...

De pronto, Feldon vio en la pared señales de un fenomenal golpe. Las baldosas de cerámica habían saltado en buena parte y había numerosos fragmentos de ellas en el suelo.

Los ojos del robot centellearon de nuevo. Movió las piernas.

Levantó el brazo. Kilda, llena de pánico, se deslizó a un lado.

El robot giró lentamente. Feldon comprendió que, aunque dicho con un calificativo incorrecto, puesto que se trataba de una máquina, Kilda tenía toda la razón. El robot se había vuelto loco. Era una frase metafórica, pero exacta.

Alguno de sus delicados mecanismos internos se habían descompuesto, provocando aquella actitud agresiva, que podía desembocar en una muerte, si no hacía algo para evitarlo.

De momento, no se le ocurría nada. El robot tenía la corpulencia de

un hombre de buena estatura más de un metro y ochenta centímetros, y pesaba al menos ciento cincuenta kilos. Por fortuna, sus movimientos carecían de la agilidad existente en un ser humano.

Era preciso provocarle, para que desviase su atención de 'a joven. El robot, inesperadamente, descargó otro golpe con la mano.

Iba dirigido al cráneo de Kilda, que indudablemente habría sido destrozado, pero ella saltó a un lado y el manotazo hizo volar por los aires fragmentos de azulejos y lascas de yeso. Entonces, Feldon saltó hacia adelante.

—¡Eh, aquí! —gritó.

Acababa de ocurrírsele una idea y quería ponerla en práctica. El robot, atraída su atención por la llamada de un nuevo personaje, giró en redondo.

—¡Sal, Kilda! —ordenó el joven.

La puerta estaba abierta y ella escapó a la carrera. Feldon hizo ademán de lanzarse contra el robot, pero retrocedió en el acto.

El robot caminó detrás de él. Feldon siguió andando hasta que llegó junto a la bañera, cuyo contacto notó con las corvas.

Esperó a pie firme. El robot, con un intenso brillo luminoso en sus pupilas artificiales, levantó el brazo.

En el último instante, cuando ya aquella monstruosa mano mecánica bajaba hacia él, Feldon se echó a un lado.

Esta vez, el robot no tenía el contrapeso de una pared. Fallado el golpe, se inclinó hacia adelante, lo que aprovechó el joven para, antes de que se recuperase, situarse a sus espaldas y propinarle un tremendo empujón.

El robot cayó en la bañera, todavía llena de agua espumosa. Aunque

sólo medio cuerpo quedó sumergido, fue suficiente.

Se oyeron varios chasquidos. Brotaron algunas columnitas de humo y vapor y el robot se quedó súbitamente inmóvil, con una pierna rígida, estirada en el aire.

Feldon lanzó un silbido de alivio.

—Nos hemos librado de una buena —dijo.

Elevó la voz:

—¡Kilda, no hay peligro! —añadió.

Ella asomó temerosamente, envuelta en una sábana que sujetaba contra su pecho con las manos.

—Está...

—Incorrecta pero efectivamente dicho, sí: está muerto —dijo el joven satisfecho—. Sería conveniente que terminases de vestirte; creo que tenemos mucho que hablar, Kilda.

* * *

Ella apareció minutos más tarde, agradablemente peinada y vestida con blusa y falda corta. Casi tímidamente, sonrió al aceptar la taza de café que le tendía el visitante.

—He escapado de una buena —dijo.

—Habla en plural —aconsejó Feldon jovialmente—. También a mí me atacó, aunque no comprendo por qué; los robots, que yo sepa, no suelen atacar a las personas..

—Yo tampoco lo entiendo. Fue algo totalmente inesperado...

—Sin embargo, yo me imagino lo que ha sucedido.

—¿De veras?

—Si digo algo inexacto, corrígeme. Por lo que pude apreciar el día en que fuiste a entregar la orden de prohibición al profesor Mirkoff, no lo hacías con demasiado entusiasmo.

—Es cierto —admitió Kilda—. Si mi opinión hubiera servido de algo, no se habría prohibido ese viaje.

—Pero, a pesar de todo, Scwarzkopf insistió en ello.

—Sí, es cierto.

—Y tú te viste obligada a cumplir un mandato de tu superior.

—En efecto.

—Schwarzkopf es un tipo listo, un buen conocedor del alma humana —dijo Feldon—. Pudo darse cuenta de que actuabas a disgusto y, aunque de momento no le concedería demasiada importancia, decidió tomar sus precauciones para un futuro más o menos próximo.

—¿Adonde quieres ir a parar? —preguntó Kilda, extrañada.

—Es bien sencillo. El coronel, lógicamente, tiene que estar muy bien informado de la vida y milagros de sus subordinados y en especial los más inmediatos. Por tanto, sabía que tú tenías un robot. Entonces, durante tu ausencia, envió a alguien para que manipulara y cumplir una orden suya en un momento determinado. Mientras, el robot debería continuar desempeñando sus funciones domésticas con toda normalidad.

—Así ha sido, hasta hoy...

—Hasta hoy, en que ha recibido la noticia de que Mirkoff ha levantado el vuelo, pese a la prohibición. Te ha llamado, muy irritado, y ha visto que no estabas sola. Lo que le has dicho acerca de nuestras relaciones le ha enfurecido, sin contar con que me conoce y sabe que

no resultaré un hombre cómodo para él. Por tanto, envió al robot la orden de matarte.

—Si lo ha hecho por celos, él jamás dio muestras de sentir la menor atracción hacia mí —alegó Kilda.

—Quizá eran algo más que celos —dijo el joven—. Posiblemente, puesto que sabía que yo estaba también aquí, pensó que el robot podía eliminar a dos personas en la misma «sesión». Por fortuna, no ha sido así.

—Sí, pero ¿qué haré yo ahora? —exclamó la joven, completamente desconcertada—. Me he quedado sin empleo...

—¿Lo lamentas?

—Dadas las circunstancias, no, pero ¿tratará Schwarzkopf de repetir el intento de asesinato?

—Es probable que no, que se contente con lo que él estima puede ser una advertencia. Pero yo, al menos, no pienso quedarme quieto.

—¿Qué vas a hacer, Nick? —inquirió ella.

—Schwarzkopf prohibió el viaje de Mirkoff. Tengo que averiguar los motivos de esa prohibición.

—El no te los dirá...

Feldon sonrió maliciosamente.

—Hay ocasiones en que el ataque frontal no resulta conveniente —respondió.

—Piensas... atacar por otro flanco.

—Sí, desde luego.

—¿Puedo saber...?

—Lo siento; esto debe ser absolutamente reservado. Pero mientras yo actúo por un lado, tú podrías hacer otra cosa.

—¿Qué, Nick?

—Mirkoff se ha largado. ¿Por qué no vas a su casa y husmeas entre sus papeles? Tal vez encuentres algo interesante... No sé, yo no soy un científico, pero tú sí tienes un título y, además, fuiste su discípula.

—La casa estará cerrada, Nick.

—Agarra una piedra, rompe un cristal, mete la mano, levanta el pestillo de la ventana...

Kilda sonrió.

—Tú no eres de los que se rinden fácilmente —dijo.

—Hay casos en los que la rendición desemboca en la catástrofe. Una cosa: tendrás que llamar a alguien para que se lleve el robot a la chatarra.

—Cerraré el apartamento y me iré a un hotel. Lo prefiero.

—Muy bien, pero, un consejo: inscríbete con otro nombre. Es una precaución que cuesta poco de tomar y puede resultar útil.

—De acuerdo. El hotel es el Blue Sky y me inscribiré con el nombre de Jessie Johnson. ¿Te parece bien?

—Estupendo. Anda, haz las maletas y te dejaré en la puerta del hotel. —Feldon sonrió—. Ahora estás mucho más guapa que cuando llevaste la orden de interdicto al profesor.

Kilda sonrojó ligeramente.

—Lo consideraba una injusticia.

—Sí, es cierto. Pero vamos a ver si conseguimos conocer los motivos

de esa injusticia y entonces Schwarzkopf sabrá lo que es bueno.

—Desde tu periódico, claro.

—Exacto, desde el *Star Clarion* —corroboró Feldon.

* * *

Feldon conocía a cierta persona que podía proporcionarle información sobre el caso. Le había hecho en alguna otra ocasión, pero, en los últimos tiempos, había tenido poco tratos con ella, debido a ciertas diferencias de carácter que ninguno de los dos había podido superar.

Poco después de dejar a Kilda en el hotel, buscó un videófono y marcó un número. Una voz mecánica contestó:

—La señora Sherr no estará en casa durante todo el día. Deje su mensaje, por favor.

—Soy Nick Feldon. Quiero hablar contigo en cuanto me sea posible, Tania —dijo el joven.

Era suficiente. Ella sabría cómo ponerse en contacto con él.

Por la noche, uno de sus contactos le indicó lo que iba a hacer Schwarzkopf durante la velada. Feldon decidió arriesgarse.

Pasadas las diez, entró en un lujoso local y tomó una mesa. A los pocos momentos, un hombre alto, arrogante, elegantemente vestido, se situó en la siguiente, acompañado de una hermosa mujer.

Schwarzkopf hizo el pedido inmediatamente. Feldon estaba vuelto de espaldas a la pareja, pero podía escuchar perfectamente lo que hablaban, temas que no tenían ninguna trascendencia.

Al cabo de unos minutos, la joven manifestó que iba al tocador. Feldon decidió que era una buena ocasión.

Pero, en el mismo instante, un camarero trajo un videófono.

—Para usted, señor Feldon —dijo.

—Sabías que me encontrarías aquí, Tania —sonrió.

—Es uno de tus lugares habituales —dijo la mujer—. Estoy en casa, Nick.

—Muy bien, iré en seguida, gracias.

Cerró el contacto y se reclinó en el respaldo de la silla, con la espalda a menos de diez centímetros de la de

Schwarzkopf.

—Coronel, cuando se canse de su acompañante, ¿también ordenará a su robot sirviente que la mate? —preguntó.

CAPITULO IV

La sorpresa de Schwarzkopf fue enorme. Feldon había hablado en voz baja y, hasta entonces, no se había percatado de su presencia en el local. Ahora se daba cuenta de que lo tenía al lado y, durante unos segundos, se sintió completamente desconcertado.

—Pero, claro, ella no llevó ninguna orden de interdicto contra el profesor Mirkoff; por eso podrá seguir viviendo —dijo el joven venenosamente.

El coronel inspiró con fuerza.

—Aunque no con frecuencia, a veces aplasto cucarachas con el pie —respondió.

—¡Qué horror! ¿Tan cochino es su apartamento? ¿Vive usted en una casa o en una pocilga?

—Si no estuviéramos en un lugar público... —barbotó Schwarzkopf, ebrio de ira.

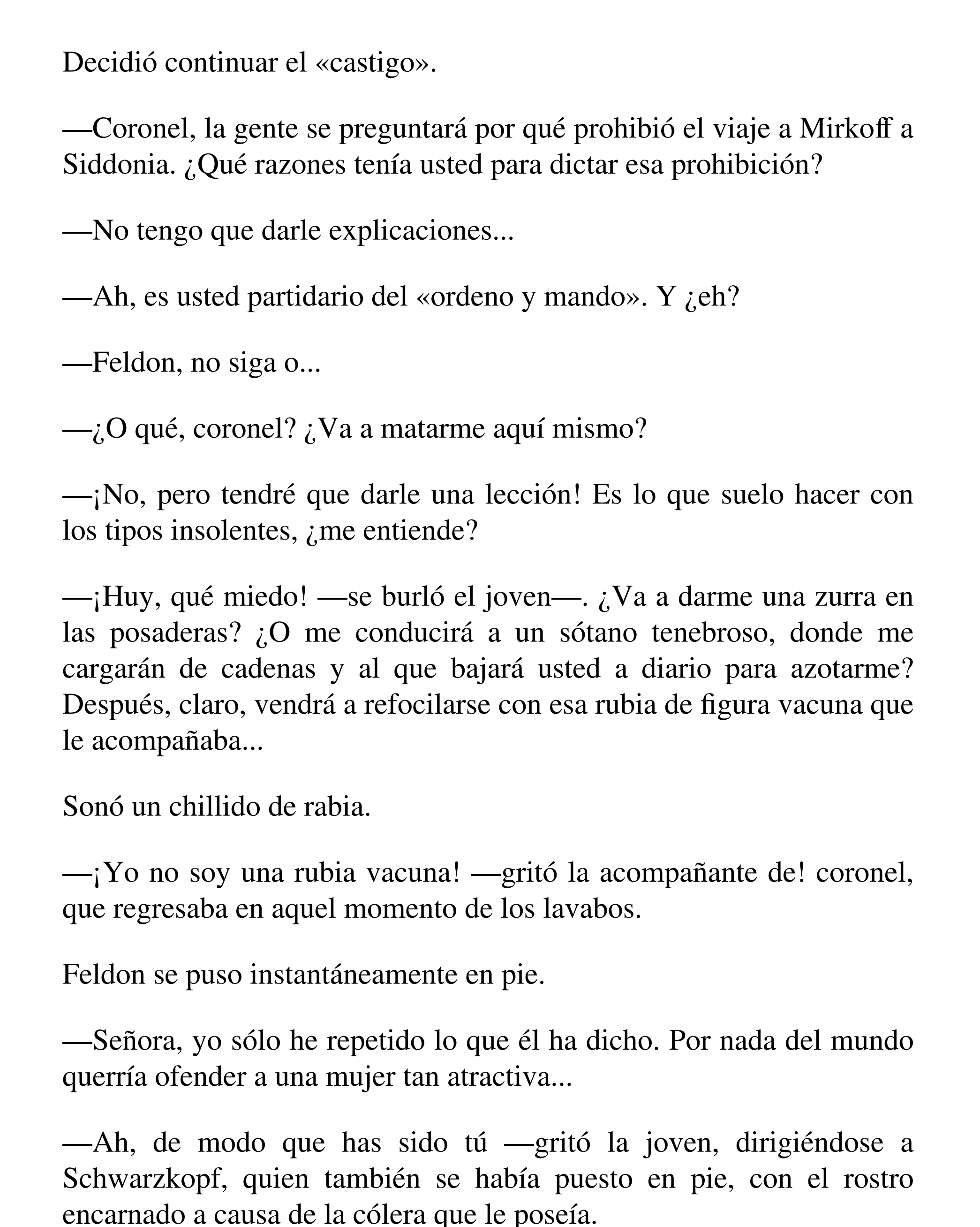
—Le diría lo mismo en medio de la calle, en la copa de un pino, en el fondo del mar, en las cataratas del Niágara... Porque, aunque tenga una casa lujosa, es una pocilga. Y ya sabe qué clase de animales habitan en las pocilgas, ¿verdad?

—Feldon, se la está buscando...

—Coronel, usted está acostumbrado a tratar a las personas como el insecto que ha mencionado antes y eso no es bueno para la salud.

—Para la salud de tipos entrometidos, como usted, naturalmente.

Los dos hombres hablaban en tono normal, sin cambiar de postura en absoluto. Feldon, sin embargo, sabía que Schwarzkopf estaba al borde de la explosión.



Decidió continuar el «castigo».

—Coronel, la gente se preguntará por qué prohibió el viaje a Mirkoff a Siddonia. ¿Qué razones tenía usted para dictar esa prohibición?

—No tengo que darle explicaciones...

—Ah, es usted partidario del «ordeno y mando». Y ¿eh?

—Feldon, no siga o...

—¿O qué, coronel? ¿Va a matarme aquí mismo?

—¡No, pero tendré que darle una lección! Es lo que suelo hacer con los tipos insolentes, ¿me entiende?

—¡Huy, qué miedo! —se burló el joven—. ¿Va a darme una zurra en las posaderas? ¿O me conducirá a un sótano tenebroso, donde me cargarán de cadenas y al que bajará usted a diario para azotarme? Después, claro, vendrá a refocilarse con esa rubia de figura vacuna que le acompañaba...

Sonó un chillido de rabia.

—¡Yo no soy una rubia vacuna! —gritó la acompañante de! coronel, que regresaba en aquel momento de los lavabos.

Feldon se puso instantáneamente en pie.

—Señora, yo sólo he repetido lo que él ha dicho. Por nada del mundo querría ofender a una mujer tan atractiva...

—Ah, de modo que has sido tú —gritó la joven, dirigiéndose a Schwarzkopf, quien también se había puesto en pie, con el rostro encarnado a causa de la cólera que le poseía.

—Escucha, Binnie, yo no...

Se oyó un terrible chasquido. La rubia acababa de propinar una

tremenda bofetada al coronel, quien se sintió aturdido y desconcertado unos instantes.

—Llamarme rubia vacuna... —aulló la joven.

Schwarzkopf sintió que le hervía la sangre.

—Usted, Feldon, maldita sea, tiene la culpa de todo esto...

Sin poder contenerse, disparo el puño derecho.

Feldon se agachó. Astutamente, había maniobrado para situarse entre la rubia y el coronel. El golpe alcanzó a la joven de lleno y la arrojó sobre una mesa, sobre la que cayó con los pies por alto con gran revoloteo de faldas.

Los ocupantes de la mesa protestaron indignados. Acudieron algunos camareros.

Schwarzkopf no sabía qué hacer. De pronto, uno de los que estaban en la mesa sobre la que yacía inconsciente la rubia, se arrojó contra el coronel y empezó a sacudirle de firme.

Schwarzkopf se defendió con todas sus fuerzas. En pocos momentos, se formó un tremendo pandemónium. Volaban vasos, copas y platos por todas partes y crujían los muebles que se rompían contra los cráneos de los contendientes.

El local era un puro tumulto. Feldon, sigilosamente, ganó Id salida y se escabulló antes de que llegase la policía a poner orden en aquella batalla campal.

* * *

Tania Sherr abrió la puerta y apoyó un brazo alzado en la jamba, a la vez que adelantaba una pierna, de modo que saliera casi completamente fuera de la bata que vestía, a la vez que sonreía de una forma especial.

—¿Se te han despertado tus instintos de propagación de la especie y no tienes con quién satisfacerlos? —preguntó, entre hiriente e irónica.

Feldon la contempló unos instantes. Era una hermosa mujer, dos años mayor que él, divorciada, dueña de una gran fortuna, a pesar de lo cual no gustaba de permanecer inactiva, cosa que Feldon sabía muy bien.

Esperaba un recibimiento semejante y no se inmutó.

—Cuando quiera propagar la especie, lo haré como Dios manda —contestó.

—Y nos casaremos... —se burló ella.

—Lo dudo mucho. De todos modos, no he venido aquí acuciado por impulsos genésicos, aunque debo admitir que no rechazaría tampoco lo que pudieras ofrecerme en tal sentido.

—Generoso —dijo Tania, mordaz—. Anda, entra y habla. Te serviré una copa de cianuro al brandy flambeado —añadió.

—Prefiero continuar abstemio, por el momento. ¿Cómo marchan tus asuntos en el Ministerio de Astronáutica?

—¿Qué diablos te importa a ti eso, Nick?

—Tienes dinero, amigos e influencias, y gracias a ello, conseguiste un cargo político de cierto relieve. Directora de Información, creo.

—Sí, es cierto. ¿Y...?

—¿Te relacionas con Schwarzkopf?

Tania estaba vuelta de espaldas al joven, frente a una consola, sirviéndose una copa, y giró en redondo instantáneamente.

—¿Por qué lo preguntas? —exclamó.

—Dame la respuesta y te lo diré, Tania.

—Está bien. He llegado a conocer un poco a ese cerdo...

Feldon soltó una risita.

—¿Qué te sucede? —preguntó ella, intrigada.

—Nada, sólo que eres la segunda en el día de hoy que llama cerdo al coronel. Pero, prosigue, por favor.

—Está bien. El presidente fue un gran amigo de mi padre. La amistad continúa y, gracias a ello, en la última cena que ofreció en la residencia presidencial, le dije que destituyera a Schwarzkopf, obligándole a dejar el puesto de asesor personal y especial que ahora ocupa, prácticamente con plenos poderes. El presidente se negó.

—¿Te dio razones sobre la negativa?

—No. Pero yo juraría que se sintió muy incómodo cuan do se lo dije. Incluso... si no temiese exagerar, diría que casi le tenía miedo.

—¿Miedo el presidente de Schwarzkopf?

—Es un genio del mal —calificó Tania—, El coronel, claro. Lo sabemos muchos, pero el presidente no...

—Tania, apostaría algo a que estás pensando en un chantaje.

—Creo que acertarías, Nick.

—Eso significa que Schwarzkopf conoce algún secreto in confesable del presidente y que le amenaza con revelarlo, si no accede a sus pretensiones o, simplemente, si lo destituye de su cargo.

—Estoy por decir que sí —respondió ella—. Es más, el presidente tiene intención de presentarse para su segundo mandato y ello podría perjudicar seriamente sus aspiraciones

—No me cabe la menor duda. Tania, ¿se te ocurre a ti cuál pueda ser ese secreto?

Ella hizo un gesto con las manos.

—En absoluto —respondió.

Feldon se pellizcó el labio inferior

—Si se trata de documentos, los tendrá muy bien guardados... ¿No te sientes capaz de averiguar dónde los tiene?

—Nick, ¿por qué te interesa tanto un hombre del que hasta ahora no te habías preocupado en absoluto? Ni siquiera has hecho el menor comentario contra él en tu periódico —se extrañó Tania.

—Te lo diré claramente. El coronel es un hombre sin escrúpulos. Hoy ha intentado cometer dos asesinatos: el de la doctora Brown y el mío.

Los ojos de Tania se desorbitaron.

—No puedo creerlo, Nick —exclamó.

—Es la pura verdad, encanto.

—Pero ¿por qué...?

—Tania, Schwarzkopf dictó una orden dirigida al profesor Mirkoff, prohibiéndole un experimento muy notable. No tenía razón alguna para ello y nosotros queremos conocer sus motivos. Pero a él no le interesa y por lo mismo, trató de asesinarnos, mediante la «locura» de un robot, provocada a distancia.

Tania se sentó súbitamente en un diván.

—No puedo creerlo... Tengo muy malas referencias de Schwarzkopf, pero jamás llegué a pensar que podría hacer una cosa semejante —murmuró, abrumada.

—Pues es así, por duro que te parezca —insistió el joven—. El meollo del asunto está en la prohibición del viaje espacial de Mirkoff. Averigua todo lo que puedas... y tal vez puedas contrarrestar así el

chantaje del coronel contra el presidente.

Ella volvió a levantarse.

—Lo intentaré con todas mis fuerzas —dijo, con gran vehemencia.

—Gracias. Ah, por si te sirve de consuelo, es posible que Schwarzkopf esté a estas horas en una comisaría de policía.

—¡Qué! —gritó Tania.

Feldon le contó lo ocurrido. Tania rió hasta que las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—Eres... infernal, Nick —dijo—. Pero ten cuidado; él no es de la clase de personas que olvidan fácilmente y perdonan pronto.

—Lo tendré en cuenta. Y ahora...

—¿Te marchas ya, Nick?

Feldon la contempló unos instantes. Ella sonreía provocativamente y el joven conocía a la perfección el significado de su sonrisa.

—Tania, esto no dará resultado —dijo—. Disfrutaremos esta noche, pero nada más; sólo nos daremos placer recíprocamente y el joven conocía a la perfección el significado de su sonrisa.

—Tania, esto no dará resultado —dijo—. Disfrutaremos esta noche, pero nada más; sólo nos daremos placer recíprocamente y luego nos separaremos...

—Podríamos seguir juntos siempre, si tú quisieras —insistió ella.

—Eres demasiado absorbente. Tienes todo: juventud, belleza, fortuna, influencias políticas... pero necesitas un hombre al cual dominar y yo no soy de esa clase de hombres. Tampoco, claro, te consideraría como una esclava, sino, simplemente igual, pero eso sería poco para ti y lo mejor de todo es que lo sabes perfectamente, aunque, en ocasiones, no

quieras reconocerlo. Seamos realistas, Tania. Buenos amigos pero nada más.

Ella suspiró.

—¿Por qué diablos tienes que ser tan sincero? —se quejó.

—Cuando necesites algo de mí, dímelo; haré lo que sea sin pedirte nada a cambio.

—Gracias, Nick. Trataré de ayudarte y me esforzaré por saber dónde guarda Schwarzkopf algo que puede comprometer gravemente a nuestro presidente. Precisamente conozco a cierta persona que... Pero ya te llamaré cuando sepa algo. Y ahora, permíteme a mi vez un consejo.

—Claro, Tania.

—Guárdate del capitán Owitt. No es oficial, pero Schwarzkopf ha hecho que le otorgaran el título. Confidencialmente, es el matón del coronel; el hombre que le hace todos los trabajos sucios... sin preguntas incómodas ni quejas por la tarea encomendada, sea cual sea. ¿Has entendido?

—Conservaré en la memoria el nombre del capitán Owitt —prometió Feldon, a la vez que ponía la mano en el pomo de la puerta.

—Suerte, Nick.

—Lo mismo digo, Tania —se despidió Feldon.

* * *

A la mañana siguiente, Feldon llamó a una puerta y espero unos instantes. Kilda abrió, anudándose todavía el cordón de la bata.

—Te he despertado —sonrió él.

—No, estaba en el baño, pero esta vez, ya me había secado.

—Y no tenías ningún robot persiguiéndote.

Kilda se ruborizó.

—Hombre, todos los días no vas a verme en esa situación - contestó.

—Pues no me desagradaría en absoluto, porque era un espectáculo maravilloso...

—Podías haber disfrutado del espectáculo el año pasado. Estuve en un campo nudista.

—¿Te gusta? —se asombró él.

—Quise hacer una prueba —sonrió Kilda.

—¿Dio resultado?

—Sólo durante un cuarto de hora. Resultó que no era un tul campo naturalista, sino bueno... Imagínatelo, si eres capaz.

—Sí, me lo imagino. De modo que tuviste que salir corriendo.

—Como un gato perseguido por una jauría de perros. Pero ya pasó y el campo fue clausurado. ¿Por qué no hablamos de otro asunto, Nick?

—¿Por ejemplo?

—Te lo diré mientras me cambio de ropa.

Kilda pasó al otro lado de un biombo y empezó a vestirse.

—Para empezar, te diré que no necesité romper el cristal de una ventana. Entré, simplemente, por la puerta.

—¿Estaba abierta?

—No estaba cerrada con llave. Se me ocurrió probar y dio resultado.

—Estupendo. ¿Qué más?

—Fui al despacho personal del profesor, pero no encontré nada de importancia. Si redactó notas o apuntes, las tiene muy bien guardados en alguna parte.

—Bueno, al menos, lo hemos intentado. Por otra parte, yo tampoco me he quedado quieto, Kilda. ¡Mira!

Feldon había llevado consigo un ejemplar del diario publicado aquella misma mañana. Enormemente asombrada, Kilda pudo leer una noticia asombrosa.

—Schwarzkopf en una comisaría...

—Lo soltaron de inmediato, claro está, apenas se percataron de su personalidad. Y, como puedes leer, la detención se debió a un error involuntario, al verse envuelto inesperadamente en un tumulto bastante escandaloso. Claro, el periódico no dice que fue él quien inició el jaleo. Schwarzkopf habrá movido todas sus influencias, que las tiene, para que se diera la noticia según su conveniencia.

—De todas formas, esto no le beneficiará, Nick.

—Tampoco le perjudicará excesivamente. Hay otra cosa, sin embargo, que puede hacerle mucho más daño.

—¿Qué es, por favor?

Feldon se lo explicó. Cuando Kilda lo supo, se sintió atónita.

—Parece increíble... Nunca me hubiera imaginado que...

—La política tiene estas cosas. Probablemente se trata de algo que no causaría perjuicios a una persona corriente, pero sí puede arruinar una carrera política. En fin, así está la cosa y por ahora no nos queda otro remedio que aguardar.

Kilda terminó de vestirse y salió del biombo.

—Hay algo más que quería decirte y se me había pasado por alto momentáneamente —manifestó—. Cuando entré en casa del profesor, vi una mesa con restos de comida reciente. Alguien ha estado allí... ayer mismo, Nick.

—Su asistenta...

—¿Dejaría una asistenta los cachanos sin fregar?

—Tienes razón. ¿Quién puede ser, Kilda?

Ella sonrió.

—¿Por qué no vamos a ver si sorprendemos al desconocido? —propuso.

Feldon chasqueó los dedos.

—Se acepta la sugerencia —respondió.

CAPITULO V

La casa estaba solitaria y desierta en apariencia. Hallábase situada lejos de la ciudad, a unos doce kilómetros, en un paraje donde no abundaban las viviendas. La más cercana estaba a unos mil quinientos metros, pero, emplazada en el fondo de un pequeño valle, en una zona abrigada de los vientos dominantes, la residencia del profesor Mirkoff, incluyendo el enorme cobertizo donde había estado albergada la astronave, resultaba casi invisible hasta que se llegaba a muy corta distancia.

Feldon y Kilda desembarcaron de la aeromoto que les había transportado hasta allí y se encaminaron directamente hacia la casa. Ella abrió, resuelta.

—¿Lo ves? Hay alguien...

—Permíteme una objeción —dijo Feldon—. Mirkoff, como todo científico que se precie, tiene que ser muy distraído. Cuando decidió largarse a Siddonia, se olvidó de cerrar la casa debidamente.

—Podría ser, en efecto —admitió Kilda—. Pero, entonces, ¿quién era el que estaba comiendo cuando yo llegué?

—Probablemente, un vagabundo que escapó al sentirse sorprendido. Salió por la puerta trasera, la que da al cobertizo, y no pudiste verle. Mirkoff, sin duda, dejaría la despensa bien provista y el vagabundo aprovechó la ocasión.

Kilda aspiró el aire con fuerza.

—Pues yo diría que está tratando de aprovechar una segunda ocasión. O padezco de alucinaciones olfativas o este aroma que se percibe en el ambiente es de pollo asándose en un horno.

—Es cierto —dijo el joven, sorprendido—. Huele muy bien... ¿Sabes dónde está la cocina?

Ella echó a andar resueltamente y Feldon la siguió. Momentos después, comprobaban que el horno estaba en marcha, con un pollo en su interior, dando vueltas en el espetón movido por un pequeño motorcito.

Kilda abrió la puerta un momento.

—¡Mmmm...! ¡Qué bien huele! ¿No se te hace la boca agua, Nick?

—Pobre vagabundo —sonrió el joven—. Vamos a dejarle sin su comida...

Kilda señaló el enorme frigorífico que había en un rincón.

—Como nos marcharemos, él volverá y...

Repentinamente, alguien entró a toda velocidad en la cocina.

—Maldición, se me va a quemar el pollo...

Kilda lanzó un grito al sentirse atropellada por el individuo que había entrado en tromba. El empujón la lanzó contra Feldon, quien la recibió en sus brazos, para evitar que cayera al suelo.

El sujeto puso la mano en el asa de la puerta del horno, pero no lo abrió siquiera. No menos asombrado que los dos jóvenes, les miró de mal talante, a la vez que exclamaba:

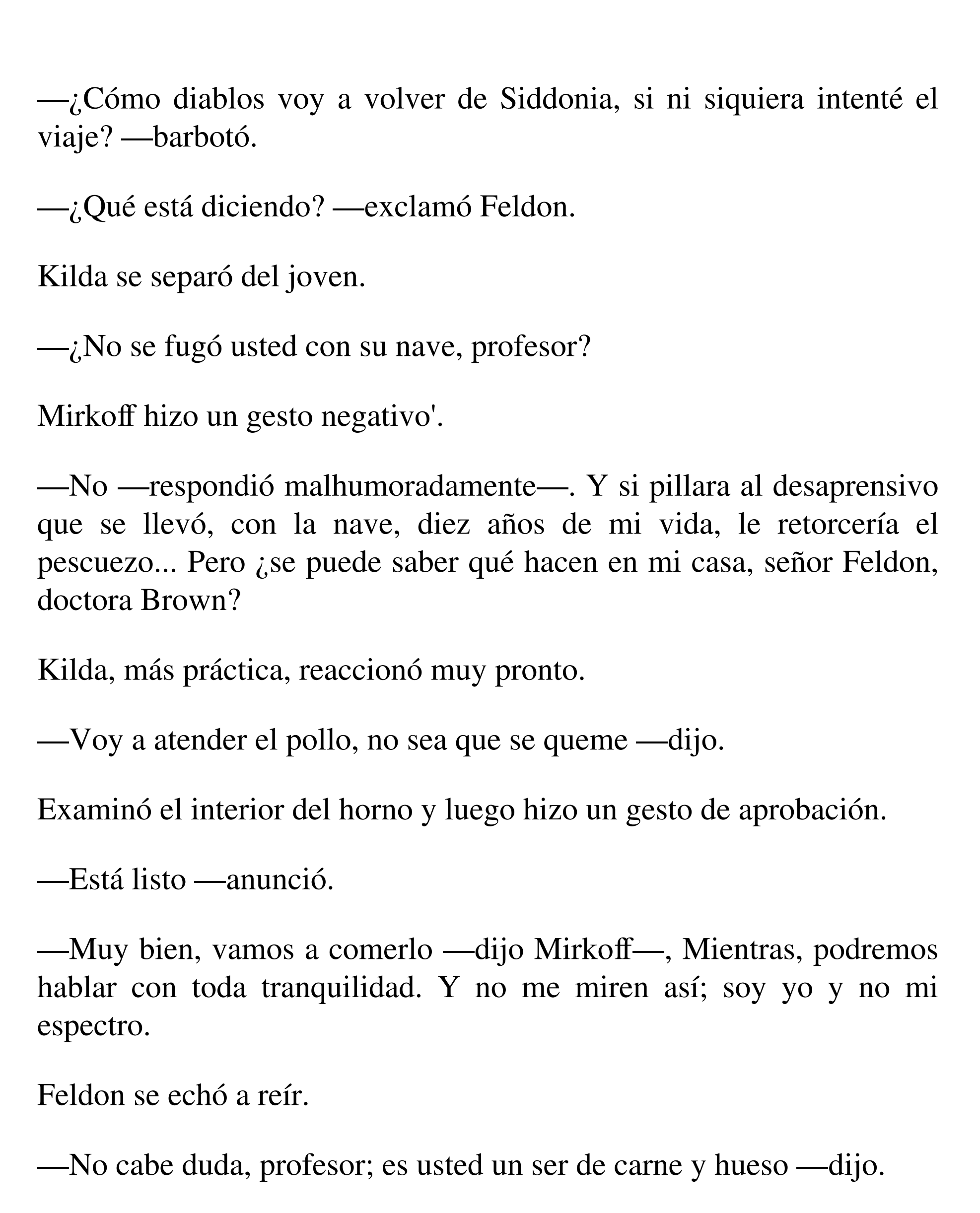
—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué diablos hacen en mi casa?

Todavía abrazada a Feldon, Kilda volvió la cabeza y lanzó un grito de asombro:

—¡Es él, él, Nick! ¡El profesor Mirkoff! ¡Ha vuelto de Siddonia!

* * *

Mirkoff se irguió lentamente.



—¿Cómo diablos voy a volver de Siddonia, si ni siquiera intenté el viaje? —barbotó.

—¿Qué está diciendo? —exclamó Feldon.

Kilda se separó del joven.

—¿No se fugó usted con su nave, profesor?

Mirkoff hizo un gesto negativo'.

—No —respondió malhumoradamente—. Y si pillara al desaprensivo que se llevó, con la nave, diez años de mi vida, le retorcería el pescuezo... Pero ¿se puede saber qué hacen en mi casa, señor Feldon, doctora Brown?

Kilda, más práctica, reaccionó muy pronto.

—Voy a atender el pollo, no sea que se queme —dijo.

Examinó el interior del horno y luego hizo un gesto de aprobación.

—Está listo —anunció.

—Muy bien, vamos a comerlo —dijo Mirkoff—, Mientras, podremos hablar con toda tranquilidad. Y no me miren así; soy yo y no mi espectro.

Feldon se echó a reír.

—No cabe duda, profesor; es usted un ser de carne y hueso —dijo.

Kilda se apresuró a preparar la mesa. Sugirió una ensalada y la idea fue aceptada sin discusión.

Más tarde, Mirkoff dijo que jamás había pasado por su mente la idea de quebrantar la prohibición.

—Me sentía frustrado, deprimido... así que me fui a pasar unos días

fuera. Por lo visto, aquella misma noche, me robaron la nave... Y lo peor de todo es que el ladrón no sabrá manejarla y morirá en el espacio, si es que no se ha desintegrado ya al chocar contra algún astro...

Feldon juntó las cejas.

—Es verdaderamente extraño —comentó—. Un tipo cualquiera no se escapa con una astronave, a menos que tenga poderosos motivos para huir de algo o de alguien, ¿no te parece, Kilda?

—¿Y si lo hizo algún hombre de confianza de Schwarzkopf? —sugirió la joven.

—No. Recuerda que te despidió, porque creía que era el profesor quien se había escapado con la nave... —De pronto, Feldon chasqueó los dedos—. ¡Ya lo tengo! —exclamó.

Mirkoff le miró interesadamente.

—A ver, muchacho, dígalo —pidió.

De pronto, Kilda levantó una mano.

—Un momento, por favor. Nick, mira hacia afuera —indicó—. Fíjate en el tipo que está manipulando los controles de tu motoneta aérea.

El joven se volvió. A través de la ventana, pudo divisar a un individuo, acuclillado en el suelo, haciendo algo con un destornillador en el vehículo que les había transportado hasta la casa del profesor.

—¿Qué diablos está haciendo ese tipo? —exclamó el joven malhumoradamente.

—Nada bueno —respondió Kilda—. Es el capitán Owitt.

* * *

—Parece que lo conoces, Kilda —dijo Feldon, a la vez que se ponía

en pie.

—Le he visto unas cuantas veces con Schwarzkopf —admitió ella.

—Lo que está haciendo no puede ser bueno, como acabas de decir, pero voy a ver si puedo devolverle la pelota. Profesor, ¿no tendrá alguna cuerda en su cobertizo?

—Sí, hay un par de rollos...

Feldon no quiso saber más. Corrió hacia la puerta trasera y salvó en cuatro zancadas el espacio que le separaba del cobertizo. Una vez en su interior, buscó los rollos de cuerda, que encontró sin dificultad, y se apoderó de uno de ellos, con el que volvió a salir en dirección opuesta a Owitt.

Caminó agazapado, procurando no dejarse ver. Salvo un pequeño espacio en torno a la casa, el terreno se hallaba en estado semisalvaje, con abundancia de matorrales y árboles de varias clases. Al fin, encontró lo que buscaba.

Owitt había llegado en un vehículo semejante, el cual se hallaba tras unos arbustos y al otro lado de un copudo roble. Feldon desenrolló la cuerda y ató uno de los extremos a la parte inferior de la aeromoto, sujetando el opuesto al tronco del árbol, pero procurando en todo momento que la cuerda quedase oculta a la vista, bajo la abundante vegetación del lugar.

Inmediatamente, se escondió detrás del árbol. Apenas lo había hecho, vio venir a Owitt, corriendo velozmente, inclinado, a fin de evitar ser descubierto.

Feldon sonrió.

—No lo has sabido hacer bien, muchacho —dijo a media voz.

Cuando estaba cerca de la motoneta, Owitt se irguió. Era un hombre más bien bajo, membrudo, de enorme potencia física y brazos que

parecían troncos de olivo. Tenía las cejas salientes, lo cual hacía que sus ojos quedasen profundamente hundidos en las cuencas. Además, era un poco chato y sus pómulos resultaban muy salientes. «Parece un hombre de la Edad de Piedra», murmuró el joven al verlo a pocos metros de distancia.

Pero era el peón de confianza de Schwarzkopf, el sujeto sin escrúpulos que, según parecía, tenía al presidente sujeto por la nariz. Y esto era algo que Feldon no dejaba de recordar un solo instante.

Owitt llegó a la motoneta y cabalgó de un salto. Inmediatamente, presionó el botón de contacto. Luego accionó el mando de elevación.

El vehículo ascendió raudamente, pero su viaje duró apenas doce o catorce metros. La cuerda se rompió, debido al impulso de la motoneta, pero ésta, a su vez, había sufrido una pérdida de velocidad irrecuperable a tan corta altura.

Owitt, enormemente sorprendido, salió disparado hacia adelante, como un jinete despedido por las orejas de su caballo. Dio una voltereta completa en el aire y acabó cayendo de espaldas sobre un espeso grupo de matorrales que amortiguaron considerablemente los efectos del impacto.

El golpe, pero casi más la sorpresa, dejaron a Owitt momentáneamente aturdido. Casi en el acto, se oyó una sonora carcajada.

Feldon lanzó un feroz alarido y se precipitó sobre el sujeto, que se esforzaba por ponerse en pie, sin darse todavía cuenta exacta de su situación. Cuando Owitt se incorporaba, Feldon le asestó un tremendo puñetazo en el mentón y le hizo perder el conocimiento instantáneamente.

Detrás de los arbustos, sonaron unos aplausos. El joven se volvió y divisó a la doctora, con los ojos todavía húmedos a causa de la hilaridad que le había producido el incidente. —Jamás había visto nada tan cómico —declaró Kilda.

* * *

—Para ser un simple plumífero, no lo he hecho del todo mal —dijo Feldon, sonriendo anchamente.

—Has estado sencillamente genial. No pude resistir la tentación de seguirte y cuando vi que el tipo salía disparado... —Kilda meneó la cabeza—. Verdaderamente gracioso, Nick —añadió.

—Sí, pero lo que él ha hecho en mi aeromoto no tiene nada de gracioso —refunfuñó el joven.

—No te apures; yo repararé la avería que, me imagino, estará en el generador de potencia. ¿Cómo está Owitt?

—No tardará mucho en despertar. Entonces, hablaremos un poco...

—Será una pérdida de tiempo. Demasiado te imaginas quién le ordenó estropear tu motoneta.

—Sí, pero, a pesar de todo...

—Aguarda un momento —pidió la joven.

Kilda salió a terreno descubierto y examinó la motoneta.

—No ha sufrido daños —dijo.

Manipuló en los controles y luego hizo una señal con la mano.

—Desata la cuerda, Nick.

Momentos después, la motoneta, sin piloto, se elevaba en el aire, perdiéndose de vista en pocos segundos. Feldon se alarmó.

—Si cae en lugar poblado... —dijo, aprensivo.

—Volará solamente cuatro o cinco kilómetros. En esa dirección no hay casas —contestó ella.

Owitt empezó a rebullir. Feldon le registró en busca de armas, pero no encontró nada. Al cabo de unos momentos, Owitt se sentó en el suelo y miró rencorosamente a los dos jóvenes.

—Ha sabido hacerlo bien, periodista, pero le valdría más haberme eliminado definitivamente. Voy a ser un mal enemigo para usted —manifestó.

Feldon permaneció imperturbable.

—Vamos a llamar a la policía y haremos que precinten y se lleven mi aeromoto como prueba. Le acusarán de sabotaje, con intención homicida.

—No tienen pruebas...

—Le hemos visto tres personas: el profesor Mirkoff, la doctora Brown y yo. Además, hemos grabado la escena. ¿Qué más quiere, Gordon?

El sujeto palideció. Miró a la muchacha y ella asintió.

—Así es, capitán —confirmó Kilda, aun a sabiendas de que no existía tal grabación. Pero se daba cuenta de que era conveniente apoyar las palabras del joven.

—Po... podemos hacer un trato —sugirió Owitt.

Feldon se volvió hacia Kilda.

—¿Qué opinas tú? —consultó.

—¡Hum! —dudó ella—. No me fío de un tipo que va a traicionar a su jefe, para salvar el pellejo.

—Oírle no nos costará nada. Luego ya decidiremos si el trato es ventajoso o no.

—Está bien —accedió Kilda—. Hable, capitán.

—Puedo decirles por qué el coronel prohibió el viaje del profesor Mirkoff —habló Owitt.

—Y, a cambio, ¿qué quiere?

Owitt agitó una mano.

—Borrón y cuenta nueva —respondió.

—Y la promesa de no intentar nada más contra nosotros —dijo él.

—De acuerdo.

Owitt se puso en pie torpemente. Vaciló un momento y luego se pasó una mano por la frente, como si todavía no se encontrase bien del todo.

Bruscamente, disparó el puño derecho, pillando a Feldon desprevenido. El joven cayó de espaldas sin conocimiento.

Kilda lanzó un grito. Owitt dio media vuelta y echó a correr con una velocidad increíble en un hombre de su corpulencia. Antes de que la joven hubiese podido recuperarse, Owitt había desaparecido de su vista.

CAPITULO VI

—No se puede confiar en cierta clase de tipos —rezongó Feldon más tarde, en la casa del profesor, mientras tomaba una taza de café—. Llegué a pensar que Owitt era sincero, pero me equivoqué rotundamente.

Ya estaba recuperado, aunque persistía la inflamación del mentón. Feldon se tanteó la mandíbula.

—Si pega un poco más fuerte, me rompe el hueso —añadió.

Mirkoff le miró con simpatía.

—Lo siento, muchacho. Todo eso le ha pasado por mi culpa...

—No —protestó Feldon—. La culpa es de un miserable llamado Schwarzkopf y del canalla que ejecuta sus trabajos sucios. Pero en cuanto me sea posible, les voy a dar un susto a los dos...

Kilda entró en aquel momento, limpiándose las manos con un trapo.

—Reparada la avería —anunció—. Se trataba de un cable cortado y empalmado después de modo precario. El empalme no habría durado más de diez minutos, pero en ese tiempo nos habríamos elevado a cien metros y recorrido algunos kilómetros.

—Suficiente para hacernos tortilla —dijo Feldon.

—Es lo que buscaba ese canalla —convino la joven—. Bien, ¿qué hacemos ahora?

—Lo primero de todo, regresar a la ciudad, así dejaremos de molestar al profesor...

—Nada de eso —exclamó Mirkoff—. Me agrada vuestra presencia, muchachos. Podéis permanecer aquí todo el tiempo que os parezca.

—Gracias, pero tenemos cosas que hacer —dijo Feldon.

—Yo, nada, salvo permanecer mano sobre mano —manifestó Kilda.

—Puede que necesite tu ayuda —sonrió el joven—. A fin de cuentas, entiendes mucho de mecánica.

—Un poco —admitió ella alegremente—. ¿Por qué lo dices?

—Schwarzkopf ha puesto una anilla en la nariz del presidente y tira de ella cuando le conviene. Por eso está en puesto tan destacado y comete verdaderas tropelías, sin que nadie pueda ponerles coto.

—Eso huele a chantaje, muchacho —dijo Mirkoff.

—Exactamente, profesor. Schwarzkopf debe de guardar en alguna parte documentos que comprometen al presidente de alguna manera. Esos documentos no tendrían importancia si se tratase de una persona cualquiera, pero cuando un político de alto rango intenta seguir en su cargo, pueden resultarle funestos.

—Creo que entiendo. Recuperando esos documentos, el presidente quedará libre del chantaje...

—Y Schwarzkopf se quedará sin el escudo que ahora le protege.

—Todo eso está muy bien, Nick —terció Kilda—. Pero ¿dónde están los documentos? Y, sobre todo, ¿cómo conseguirlos?

—Tengo a alguien que tratará de averiguar lo primero —contestó Feldon—. En cuanto a lo segundo, es posible que tenga que echar mano a tus conocimientos técnicos...

Mirkoff hizo un gesto repentino con la mano.

—Un momento, por favor. Nick, si no te importa, vuelve solo a la ciudad —dijo—. Kilda se quedará aquí, para ayudarme a terminar un aparatito que inventé hace algún tiempo y que no he podido poner a punto, debido a que me enfrasqué por completo en la terminación de

mi nave.

—¿Qué clase de aparato, profesor? —preguntó Feldon.

—Sería demasiado complicado explicártelo ahora. Kilda lo entenderá mejor y tampoco le resultará demasiado fácil.

—Empiezo a sentirme intrigada, profesor —sonrió ella.

—Más tarde te sentirás pasmada —dijo Mirkoff. Volvió los ojos hacia el joven—. A menos que esos documentos estén en el centro de la Tierra, te proporcionaré los medios para que puedas conseguirlos sin demasiadas dificultades —añadió.

* * *

Sonó el zumbador del videófono. Feldon estaba terminando de secarse, después de la ducha, y acudió corriendo a contestar a la llamada.

El rostro de Tania Sherr apareció en la pantalla.

—Tengo que decirte algo importante —manifestó.

—Muy bien, habla —invitó él.

—Ven a mi casa, Nick.

Feldon comprendió en el acto el sentido de aquella respuesta.

—Entendido —dijo.

—Estaré todo el día sola —añadió Tania.

—¡Horror!

Ella se echó a reír.

—Otros dirían: «¡Fantástico!», Nick.

—Era una broma, encanto. Iré en cuanto termine de vestirme.

—No tardes —rogó Tania.

Media hora más tarde, ella abría la puerta de su residencia. Miró fijamente al joven y dijo:

—Ya sé dónde están esos documentos, Nick.

—Magnífico —elogió él—. ¿Te ha costado mucho?

Tania se atusó el cabello con fingido gesto de displicencia.

—Para ciertas cosas, Schwarzkopf, ordinariamente tan astuto e inteligente como un zorro, es un cachorrillo inofensivo —contestó.

—Vaya, veo que has tenido que utilizar tus encantos personales...

—Sí, pero no hubo más que unos escarceos... Bueno, no quiero hablar de cosas demasiado personales. En resumidas cuentas, sé dónde están esos documentos.

—Alguna caja fuerte, sin duda.

—Sí, pero no de la clase que te imaginas, Nick.

—A ver, explícate.

Tania fue a una consola y llenó dos copas.

—¿No te apetece primero un trago, querido?

Feldon sonrió. La sonrisa de Tania prometía muchas cosas placenteras.

Ella, además, dejó que se abriese la bata casi por completo. El joven apreció que debajo no llevaba otra prenda.

Tania levantó su copa.

—Por la destrucción de Schwarzkopf —brindó.

Y bebió de un trago, a la vez que Feldon se disponía a hacer lo propio.

Cuando acercaba la copa a sus labios, notó un olor extraño, no demasiado intenso, sin embargo. De pronto, se sintió enormemente receloso y dejó la copa a un lado.

—¿No bebes? —preguntó ella.

—Es demasiado temprano para mí. Bueno, ¿por qué no me dices dónde están escondidos los documentos?

—Espera un poco... Primero...

La voz de Tania se quebró súbitamente. Abrió la boca como si buscase aire, se llevó una mano al pecho y se tambaleó violentamente.

—Nick... no sé qué me pasa... —gimió.

El joven dio un paso hacia adelante. Antes de que pudiera sostenerla, Tania se desplomó al suelo.

Su rostro estaba completamente lívido, casi azulado. Jadeaba penosamente y tenía los ojos fuera de las órbitas.

Feldon se aterró. Había llegado a sospechar que ella quería envenenarle y pensaba pedirle explicaciones de lo que es timaba un acto canallesco, pero ahora veía claramente que estaba equivocado.

Tania hizo un esfuerzo supremo y levantó una mano. Feldon se arrodilló a su lado.

—Llamaré a un médico...

—Es... inútil... —Una espumilla de color verdoso apareció en los labios de la joven. Su voz era apenas un soplo audible—. Es...está en...

Tania ya no pudo seguir hablando. Su cabeza se dobló a un lado y su

cuerpo se agitó con horribles espasmos durante unos segundos. Luego se quedó quieta.

Feldon se sentía aturdido. Tania acababa de morir y le parecía estar sufriendo una pesadilla. El mismo había estado a punto de perder la vida, pero el recelo que había sentido repentinamente le permitía estar vivo.

Alguien había asesinado a aquella hermosa mujer y no era difícil adivinar la identidad del hombre que había ordenado cometer el crimen. En aquel momento, Feldon se juró a sí mismo vengar la muerte de una buena y leal amiga.

Schwarzkopf había sabido tomarse el desquite, no cabía duda, aunque fallase en su caso.

—Ya llegará mi turno —murmuró, a la vez que se ponía en pie.

En aquel momento, sonaron unos fuertes golpes en la puerta de la casa. Feldon dudó un instante, pero luego, diciéndose que no tenía nada que temer, cruzó la sala y abrió.

El siniestro rostro de Owitt, tras el cual se veían dos guardias uniformados, apareció inmediatamente ante sus ojos.

—Tenemos noticias de que se ha cometido un crimen —dijo Owitt.

Feldon parpadeó.

—¿Quién demonios...?

—No solemos revelar la identidad de nuestros confidentes, señor Feldon —contestó el sujeto—, Vigílenlo —ordenó a sus acompañantes—; voy a echar un vistazo a la casa.

Feldon se quedó atónito. Owitt pasó por su lado, cruzó el umbral y se dirigió hacia el interior. Antes de un minuto, estaba de nuevo en el vestíbulo.

—Nuestra información era correcta —dijo—. He visto el cadáver de una mujer, presumiblemente envenenada. ¡Arresten a este hombre, acusado de asesinato! —dispuso truculentamente.

Antes de que Feldon pudiera pronunciar una sola palabra, uno de los guardias se le acercó y rodeó sus muñecas con unas argollas de acero. Luego se sintió empujado con pocas ceremonias hacia un aeromóvil que se hallaba en las inmediaciones de la casa.

Cuando iba a entrar, se volvió, Owitt sonreía demoníacamente. Feldon se dijo que Schwarzkopf había realizado una jugada maestra, deshaciéndose de un incómodo estorbo de una forma absolutamente legal.

* * *

Entró en la sala de visitas y vio a Kilda al otro lado del cristal blindado. Había lágrimas en los ojos de la muchacha.

—Presione la tecla verde —indicó el vigilante—. Se encenderá una luz verde. Cuando pase a amarillo, significará que les quedan treinta segundos para terminar. La luz roja indicará que se corta la comunicación.

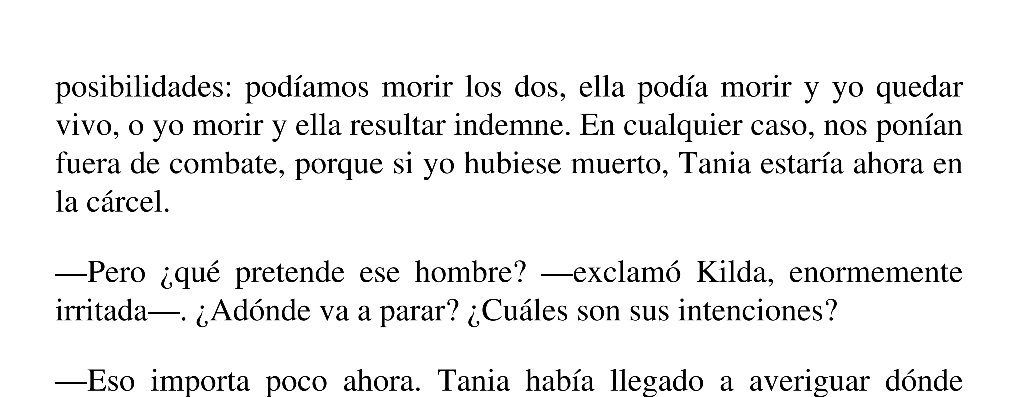
Feldon, vestido con el uniforme carcelario, de color gris, casi negro, entró en la cabina y apretó la tecla verde. La luz del mismo color se encendió en el acto.

—No sé qué decirte, Nick... —habló ella, con voz afligida.

—¿Me crees culpable? —preguntó Feldon.

—No, en absoluto. Harto me imagino que ha sido una trampa hábilmente urdida por Schwarzkopf, pero lo tienes muy difícil. Han acumulado pruebas contra ti y no creo que tu defensor pueda contrarrestarlas.

—Sí, lo sé —contestó Feldon—. Es indudable que estudiaron las tres



posibilidades: podíamos morir los dos, ella podía morir y yo quedar vivo, o yo morir y ella resultar indemne. En cualquier caso, nos ponían fuera de combate, porque si yo hubiese muerto, Tania estaría ahora en la cárcel.

—Pero ¿qué pretende ese hombre? —exclamó Kilda, enormemente irritada—. ¿Adónde va a parar? ¿Cuáles son sus intenciones?

—Eso importa poco ahora. Tania había llegado a averiguar dónde guarda los documentos escondidos, pero no tuvo tiempo de decírmelo.

Feldon maldijo interiormente a la muerta. ¿Por qué diablos había tenido que demorar tanto sus informes? Tania quería tenerle en brazos y sabía que la avidez por conseguir el dato, le haría ceder a todas sus pretensiones. Pero de nada servían ya los reproches, se dijo amargamente.

—Kilda, gracias por tus bondades —murmuró—. Es posible que no volvamos a vernos ya en mucho tiempo. Me condenarán a cadena perpetua...

—Es posible, pero no te apures. Te sacaremos de la cárcel.

Feldon sonrió tristemente.

Eran palabras de ánimo en las que ni Kilda creía. Sin embargo, era un gesto muy de agradecer.

—No sueñes imposibles —dijo—. Me enviarán a una prisión donde purgan sus condenas los culpables de graves crímenes, los hombres que no van a volver a pisar la calle jamás. Una vez hice allí un reportaje y conozco el ambiente. Si condenaran a las moscas a cadena perpetua en ese penal, no escaparían, tenlo por seguro.

—Empleando métodos ordinarios, por supuesto que no. Pero hay medios infalibles —dijo Kilda sorprendentemente.

—Deliras...

—Hablo completamente en serio, pero, por el momento, no quiero añadir una sola palabra más. Mientras tanto, ten paciencia y confía en mí y en el profesor.

Feldon sonrió.

—¿Qué dice el bueno de Mirkoff? —preguntó.

—Se encuentra muy bien, muy animado y ya ha superado el trance de la desaparición de su nave.

—Es verdad, casi lo había olvidado. ¿"No se ha vuelto a saber nada del aparato?

Los cortos rizos oscuros del cabello de Kilda se agitaron cuando ella hizo un gesto negativo.

—No, no se ha vuelto a saber nada más —respondió.

La luz ámbar se encendió de pronto.

—Quedan treinta segundos, Kilda —dijo el joven.

—Adiós, Nick. Confía en nosotros —insistió ella.

Kilda sonrió.

—Te he tomado mucho afecto —añadió.

—No sabes cuánto me alegro de tu visit...

La luz roja se encendió y cortó bruscamente las últimas palabras del joven. Kilda tuvo que limitarse a hacer un gesto de despedida con la mano.

Más tarde, regresó a la casa del profesor y dijo:

—He estado pensando mucho en lo que le va a pasar a Nick. Tenemos que sacarle de la cárcel, profesor.

—No será fácil...

—Lo será, si construimos otro aparato con mayor potencia —exclamó ella resueltamente.

—¿Tú crees? Yo pensé que interesaban ciertos documentos...

—¡Al diablo con los documentos! La libertad de Nick me importa un millón de veces más —contestó Kilda apasionadamente—. Si el presidente cometió algún pecado, que pague sus culpas. Pero Nick es inocente y no voy a consentir que se pudra en una cárcel el resto de sus días.

—Os convertiréis en proscritos.

—Es posible, pero también puede que consigamos algún día demostrar la inocencia de Nick. Profesor, ¿ponemos manos a la obra?

Mirkoff sonrió al ver vehemencia que latía en las palabras de la joven.

—¿Amas a Nick, Kilda?

—No podría vivir ya sin él —contestó ella con voz enteramente natural.

CAPITULO VII

Mirkoff acató la prohibición de volar a Siddonia y, aunque parezca extraño, eso le ha hecho ganar prestigio aún mayor del que tenía. No podemos irrumpir a la brava en su casa, ¿comprendes?

—¿Entonces...?

Los ojos de Schwarzkopf se entornaron.

—¿A quién conoces tú en el penal, capaz de eliminar a un hombre, a cambio de su libertad?

Owitt meditó unos instantes. Luego dijo:

—Sholly Field. Es el tipo ideal para cierta clase de trabajos.

—Muy bien. Habla con él. Dile lo que tiene que hacer y prométele la libertad, debido a que sufrió un error judicial.

—Habrá que falsificar documentos...

—De eso me encargo yo, Gordon. Pero actúa pronto o nos darán un disgusto. Si llegasen a conseguir esos documentos, podríamos despedirnos de la vida.

—De la buena vida, señor —rectificó Owitt cínicamente.

—La otra no es vida —contestó Schwarzkopf con no menor desvergüenza. —Hizo una pausa y añadió—: Pero Feldon tiene que desaparecer antes de una semana o...

El altavoz transmitió fielmente las últimas palabras del coronel hasta la habitación en que dos personas habían escuchado íntegramente la conversación.

—¿Qué le parece, profesor? —preguntó Kilda.

—Modestia aparte, debes reconocer que tuve una buena idea al instalar un detector múltiple en el tejado de la casa —sonrió Mirkoff —. Ahora ya sabemos qué es lo que pretenden hacer con nuestro común amigo. Tenemos que evitarlo, Kilda.

—El aparato estará listo dentro de veinticuatro horas. Antes hablaré con Nick y le pondré sobre aviso.

-¿Hoy?

—Sin falta, profesor.

Kilda se acercó a la ventana. Un aeromóvil se elevaba en aquellos momentos de la loma situada a unos mil quinientos metros. Volaban más aparatos en aquellos parajes, por lo que su presencia no resultaba del todo extraña.

—Ya se marchan —dijo—. Esperaré unos minutos y luego iré al penal, profesor.

—No te descuides, muchacha —aconsejó Mirkoff.

* * *

Feldon estaba más pálido y delgado, pero conservaba su espíritu.

—Tus visitas valen lo que pesas en oro —dijo.

Kilda rió suavemente.

—Te arruinarías si tuvieras que pagarme cada vez que vengo a verte —contestó—. Escucha... —bajó la voz repentinamente—, Mañana saldrás de la cárcel.

—¿No sabes que eso es imposible?

—¿Acaso te hemos traído un pan con una lima dentro? Prepárate para las dos de la madrugada, Nick.

—Está bien; no sé cómo piensas hacerlo, pero si tú lo dices... Ah, otra cosa. Sé dónde están los documentos.

Kilda respingó.

—¡Nick! ¿Es posible?

Feldon hizo un movimiento afirmativo.

—Aquí se conoce a infinidad de gente de todas clases. He hablado con un especialista en cajas fuertes. Fue a robar una y el dueño le sorprendió; él no lo mató, claro, pero la víctima, al ver que le iban a robar, sufrió un colapso y murió. Por eso le han condenado a cadena perpetua.

—¿Qué tiene que ver ese ladrón con...?

—Es de lo mejorcito en su clase, y entre ellos se intercambian secretos que no están al alcance de las personas corrientes. También él ha oído hablar de ciertos documentos y asegura que, si pudiera ponerles la mano encima, Schwarscorpf se ocuparía de que le concedieran el indulto en menos de una semana.

—Interesante —comentó Kilda—. Pero yo también tengo que decirte algo. Un tal Sholly Field puede salir libre si te mata.

—¿Cómo lo sabes? —se sorprendió él.

—Eso es lo de menos ahora. Hoy mismo, Owitt vendrá a verle y le propondrá el plan. Quiere eliminarte antes de una semana.

Feldon se acarició la mandíbula pensativamente.

—Me pregunto qué interés podrá tener Schwarzkopf en eliminar a un simple periodista como yo...

—Quizá lo averigüemos algún día. Mientras tanto, abre bien los ojos y, recuerda: mañana, a las dos de la madrugada.

—Me gustaría que Dan Bower saliese conmigo —dijo él.

—No sé si podremos...

—Inténtalo, Kilda.

—¿Dónde está Bower?

—En la celda contigua a la mía.

Kilda reflexionó unos momentos. Luego dijo:

—Lo sacaremos también, Nick.

La luz ámbar se encendió en aquel momento. Feldon agitó la mano.

—Tengo ganas de darte un buen beso —dijo.

Ella se sonrojó.

—Sí, Nick —contestó.

* * *

Al día siguiente, al atardecer, se abrió la puerta de la celda y un hombre apareció en el umbral, con un paquete bajo el brazo.

—Tienes un nuevo compañero, Feldon —anunció el vigilante.

El recién llegado entró y la puerta se cerró a sus espaldas.

—Soy Field, Sholly —se presentó.

Feldon estudió unos segundos al sujeto, de mediana estatura, no muy fuerte y de mirada insegura. «Debe de ser muy hábil con la navaja», pensó.

El traslado de Field corroboraba los informes emitidos por la muchacha. Feldon no se inmutó.

—Hola —dijo lacónicamente.

—Me instalaré en la litera superior —manifestó el otro.

—Bueno.

Field colocó sus pertenencias en la litera. Luego paseó la vista por el interior de la celda.

—Amplia y cómoda —dijo—. Dos en una celda estarán menos aburridos que uno solo.

Feldon no se molestó en contestar. Tenía un libro en las manos y simuló abstraerse en su lectura.

Pasadas las diez de la noche, Field manifestó que iba a acostarse.

—Yo te ayudaré —manifestó el joven.

Field se volvió hacia él, extrañado, justo a tiempo de encontrarse con un puño que golpeaba duramente su mandíbula. El asesino se desplomó como un fardo.

Cuando despertó, se encontró fuertemente atado de pies y manos a la litera y; además, amordazado. Sus ojos miraron al joven con furia impotente.

Feldon sonrió, a la vez que le enseñaba una navaja.

—Lo siento, pero esto no va a ser tu pase de salida —dijo.

Field gruñó algo ininteligible. El joven se encogió de hombros.

—Tenemos un buen servicio de información —manifestó, lacónico.

Y luego se sentó en su litera, dispuesto a esperar el momento de su liberación. Sabía que iba a ser libertado, pero no se imaginaba en absoluto el procedimiento que Kilda y el profesor Mirkoff pensaban utilizar para llevar a la práctica sus planes.

* * *

Cerca de la una de la madrugada, Kilda y el profesor desembarcaron de un aeromóvil, en un punto situado a unos dos kilómetros de la penitenciaria, en el fondo de una vaguada, de modo que el aparato quedase oculto a las vistas de los centinelas que vigilaban el recinto y que estaban provistos de los más sofisticados métodos de detección y alarma.

Inmediatamente, se aplicaron al trabajo. Entre los dos, desembarcaron algunos bultos con los que cargaron sin perder un momento, remontando a continuación la pendiente y caminando después por los lugares menos comprometidos, hasta situarse a unos quinientos metros de la alta tapia que cercaba el gigantesco edificio.

Uno de los bultos era particularmente pesado y tuvieron que llevarlo entre los dos, naciendo frecuentes altos para des cansar. Era, simplemente, una batería de gran potencia, que abandonarían más tarde en el mismo lugar. Aunque llevaba marcas y número de serie, era un elemento de fácil adquisición, lo que impediría les localizasen después, cuando hallasen el aparato abandonado en medio del campo.

A continuación, Mirkoff montó un recio trípode, sobre el que instaló algo parecido a una enorme cámara fotográfica, de tipo antiguo, provista, sin embargo, en la parte superior de una mira de televisión, con rayos infrarrojos. Kilda, debidamente instruida, hizo los empalmes de los cables de suministro de energía de la supuesta cámara fotográfica a la batería.

Mirkoff hizo las últimas comprobaciones. Cuando terminó, eran ya cerca de las dos de la madrugada.

—Debemos esperar —sugirió la joven.

Mirkoff hizo un gesto negativo.

—No —contradijo—. Las posibilidades de ser descubiertos aumentan a cada segundo que transcurre. Demasiado sabrá él que ha llegado la hora de poner los pies en polvorosa.

Se inclinó una vez más sobre el visor, corrigió la puntería levemente y luego apretó la tecla de contacto.

CAPITULO VIII

Kilda aguardó con la respiración en suspenso. A pesar de que sabía lo que iba a suceder, se sintió asombrada al no percibir la menor emisión de rayos luminosos salidos del objetivo de la cámara.

Sólo percibió un ligero zumbido, muy tenue, sin embargo, que no podía ser captado a más de cincuenta metros de distancia. Entonces, Mirkoff le hizo una seña de que se acercase a la cámara a la vez que él se separaba a un lado.

Kilda aplicó la mirada al visor. Estupefacta, se dio cuenta de que podía ver como si fuese en pleno día. Y también veía un chorro de fuego blanco dirigido al muro exterior del penal.

Transcurrieron unos segundos. De pronto, el muro de sólido cemento, reforzado además con armazón de hierro, empezó a derretirse.

Era como si, de repente, se hubiera convertido en una pasta blanda, fluida; como si se hubiera transformado en simple barro carente de cohesión. En pocos segundos, un enorme trozo del muro se vino abajo, esparciéndose por el suelo en un gigantesco charco de masa semilíquida, sin ninguna consistencia.

De pronto, sintió que Mirkoff la apartaba a un lado. El profesor se inclinó sobre el visor y movió ligeramente las ruedecillas de puntería.

—Tengo a la vista la pared de la celda que ocupa nuestro amigo —manifestó.

Kilda se sintió repentinamente aprensiva.

—Oiga, profesor, ¿no sufrirá algún daño...?

—No, mi aparato actúa únicamente sobre las sustancias inorgánicas. Es absolutamente inofensivo para plantas y animales y, naturalmente, también para los presos —contestó Mirkoff con una risita.

Ella se puso una mano en el pecho. Conociendo la potencia del singular aparato, sabía que Feldon estaba a unos segundos solamente de la libertad.

—Bien, ya he hecho un buen agujero en la pared del edificio —dijo Mirkoff de pronto—. Ahora, a la celda de Bower.

Los centinelas no se habían percatado todavía de nada, Kilda se preguntó, aprensiva, que pasaría cuando se dieran cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—Lista la celda número dos —dijo el profesor de pronto—. Ahora, la torreta del ángulo Norte...

La cámara varió de objetivo. A los pocos segundos, una torre de vigilancia se convirtió en pasta, con gran asombro de su ocupante, que no comprendía en absoluto lo que sucedía. El hombre tuvo bastante trabajo para emerger de aquel barro y no perecer ahogado y, aunque vio pasar a dos hombres corriendo a toda velocidad, no pudo hacer nada para dar la alarma de fuga.

Segundos después, Mirkoff, satisfecho, desconectó el aparato.

—Ya vienen —anunció—. Kilda, dejaremos la batería; es demasiado pesada para llevarla a cuestas.

—Sí, señor —contestó ella.

De pronto, dos sombras aparecieron ante ellos.

—Nick —dijo la joven ahogadamente.

Feldon la estrechó entre sus brazos.

—Querida... —Tendió una mano al profesor—. No sé cómo darle las gracias, amigo...

—Estás libre y eso es lo que importa —sonrió Mirkoff—. ¿Es ése tu amigo? —preguntó, mirando al otro fugitivo.

—Sí, profesor. Les presento a Dan Bower... Dan, el profesor Mirkoff, la doctora Brown —dijo Feldon.

—¡Cuánta ciencia! —comentó Bower, zumbón—. Encantado de saludarles, profesor, doctora. Y de ayudarles también, naturalmente.

—Vamos, vamos —refunfuñó Mirkoff—, no perdamos más tiempo. Hemos de largarnos de aquí, antes de que se den cuenta exacta de lo sucedido.

En pocos momentos, el aparato estuvo desarmado. Feldon cargó con la cámara y dijo:

—Kilda, gracias por el aviso. Field vino a mi celda con una navaja.

—¿Pudiste desarmarlo?

—No fue difícil —rió el joven—. Oiga, profesor, ¿con qué ha «derretido» los muros?

—Es un aparatito de mi invención —contestó el aludido—. Simplemente, rebaja la tensión molecular de la sustancia hacia la cual se dirigen sus emisiones. ¿Has visto alguna vez un poco de agua caída en una superficie lisa? Supongo que sí, claro, y también habrás visto los glóbulos de líquido que se forman y que adquieren esa forma debido a la tensión mole cular del agua ¿Se te ha ocurrido alguna vez ese sencillo experimento de Física recreativa, que consiste en embadurnar una aguja de aceite y hacerla flotar en la superficie del agua contenida en un vaso?

—De modo que eso es tensión molecular —dijo Feldon, admirado.

—Exacto, muchacho; y las emisiones de mi aparato destruyen esa tensión, aunque no las moléculas de la sustancia hacia las que se dirigen. Por tanto, la materia pierde su consistencia y se convierte en barro casi líquido, como habrás podido apreciar prácticamente.

—Sí, era fantástico ver cómo se derretía la pared de mi celda.

—Parecía chocolate —dijo Bower—. Pero chocolate de cemento, claro. Y ahora que lo pienso, creo que yo no voy a ser necesario para abrir la «lata» doñee Schwarzkopf guarda sus papeles. Con ese chisme, se puede abrir cualquier cosa...

—Le necesitamos, Dan —dijo Mirkoff—. Ciertamente, las emisiones del descohesionador fundirían el metal de la caja fuerte, pero también destruiríamos cuanto hubiera en su interior. Y conviene vaciar esa caja de todo lo que contiene.

—Algunos documentos, imagino, deben de resultar muy comprometedores para el mismo Scwarzkopf —supuso Feldon.

—Puedes tenerlo por seguro, Nick —dijo Kilda—. Por eso necesitamos a Dan.

—Cuenten conmigo —declaró el aludido llanamente.

Momentos después, llegaban al aeromóvil. Cuando iban a embarcar, Kilda lanzó un pequeño grito y cayó al suelo sin sentido.

* * *

El doctor Krony salió de la habitación, secándose las manos con una toalla. Feldon le miró ansiosamente.

—¿Doctor?

Detrás de él, apareció el profesor. Feldon le vio que se tironeaba del labio inferior, sumamente preocupado, y temió lo peor sobre la suerte de la joven, quien ya llevaba veinticuatro horas inconsciente, en un estado muy próximo al de coma.

Krony meneó la cabeza.

—No es el único caso al que asisto —manifestó—. Puedo decirles que ésta es la gota de agua que hará rebosar el vaso de mi paciencia y que en la próxima reunión, presentaré mi informe en la Academia de

Medicina, pidiendo se exija al gobierno la supresión de la enseñanza por hipnopedia acelerada.

Feldon se quedó como si viera visiones.

—¿Qué significa eso, doctor? —inquirió.

—Es bien sencillo —respondió el galeno—. Esa encantadora muchacha terminó con normalidad sus estudios de secundaria, pero, ambiciosa, como muchos jóvenes, decidió progresar y se aplicó a conseguir el doctorado por medio de ¡a enseñanza acelerada durante el sueño. No se puede forzar la mente sin que un día u otro se paguen las consecuencias.

—Eso significa que en muy poco tiempo, consiguió su título...

—Cuando mi amigo el profesor Mirkoff me llamó y me dijo el nombre de la paciente, encargué a mis ayudantes que investigasen su historial académico. La doctora Brown consiguió su título en seis meses, cuando lo normal es que se tarden de cinco a seis años en acabar el doctorado. Muchos soportan bien la prueba y nunca les ocurre nada, pero otros no tienen el cerebro tan resistente y les falla en el momento menos pensado. Ella consiguió su título hace casi tres años y el «shock» ha sobrevenido después de ese lapso de tiempo, en el momento menos esperado y, lamento tener que decirlo, sin demasiadas esperanzas de recuperación.

Feldon se sintió terriblemente abrumado al conocer el diagnóstico.

—Entonces, ¿ha de permanecer siempre así, en estado de total inconsciencia?

Krony se encogió de hombros.

—Conozco casos de pacientes que llevan ya cinco o seis en esa situación, sin dar señales de mejoría. Hace algún tiempo, un colega intentó un método algo desesperado, con resultados funestos. El paciente no pudo superar el segundo «shock» y falleció.

—Entonces, no hay solución —dijo el joven.

Krony volvió a menear la cabeza.

—Hay una, pero es absolutamente teórica y, por lo mismo, imposible. Sería preciso que la paciente regresara al momento en que decidió someterse a la hipnopedia acelerada... pero eso significaría la existencia de una máquina capaz de retroceder en el tiempo y no se ha construido ningún crono móvil, que yo sepa.

—En resumen, ¿qué nos aconsejas, colega? —preguntó Mirkoff.

—Es un estado de coma un tanto particular. Ella puede obedecer órdenes, aunque no sabe lo que hace. Por lo tanto, puede alimentarse cuando se lo mandes y también indicarle que puede ir al lavabo cuando lo necesite, incluso podrá sentarse y pasear por el exterior, pero siempre con una persona al lado. Si echara a andar, sin nadie que la vigilase, no se detendría ni aunque se encontrase al borde de un precipicio. Salvo esto, será una existencia puramente vegetativa...

—¿Nos reconocerá, al menos, doctor? —preguntó Feldon.

—No. Obedecerá cualquier orden, quienquiera que sea el que la imparta. Pero salvo para las cosas más elementales, y ello porque el cerebro no ha sido afectado por una lesión física, como sería la producida por un golpe en la cabeza, no sabrá hacer nada más —concluyó Krony desalentadoramente.

El médico se marchó. Bower había estado escuchando en silencio todo el rato y se decidió a intervenir.

—Nick, a pesar de todo, nosotros no podemos permanecer inactivos —dijo—. Tenemos algo que hacer y hemos de llevarlo a cabo, cueste lo que cueste.

El joven asintió.

—Sí, tienes razón.


Miró al científico.

—Profesor, ¿cuándo...?

—Me faltan algunos retoques al descohesionador portátil —contestó Mirkoff—. El que utilicé para sacaros de la cárcel es demasiado pesado y necesita un enorme suministro de energía. Lo tendré listo dentro de una semana, aproximadamente, y entonces podremos dar el golpe.

—¿No será demasiado tarde? —preguntó Bower, aprensivo.

—Si Schwarzkopf conociera nuestras intenciones, ya sería demasiado tarde. Pero puesto que ignora nuestros propósitos, no importa que demos el golpe una o dos semanas más tarde. Dan, usted tiene buenas manos y puede ayudarme en algún trabajo.

—Sí, profesor —accedió Bower.

—Y tú, Nick, te ocuparás de Kilda, naturalmente.

—Pienso hacerlo durante el resto de mis días —contestó el joven.

* * *

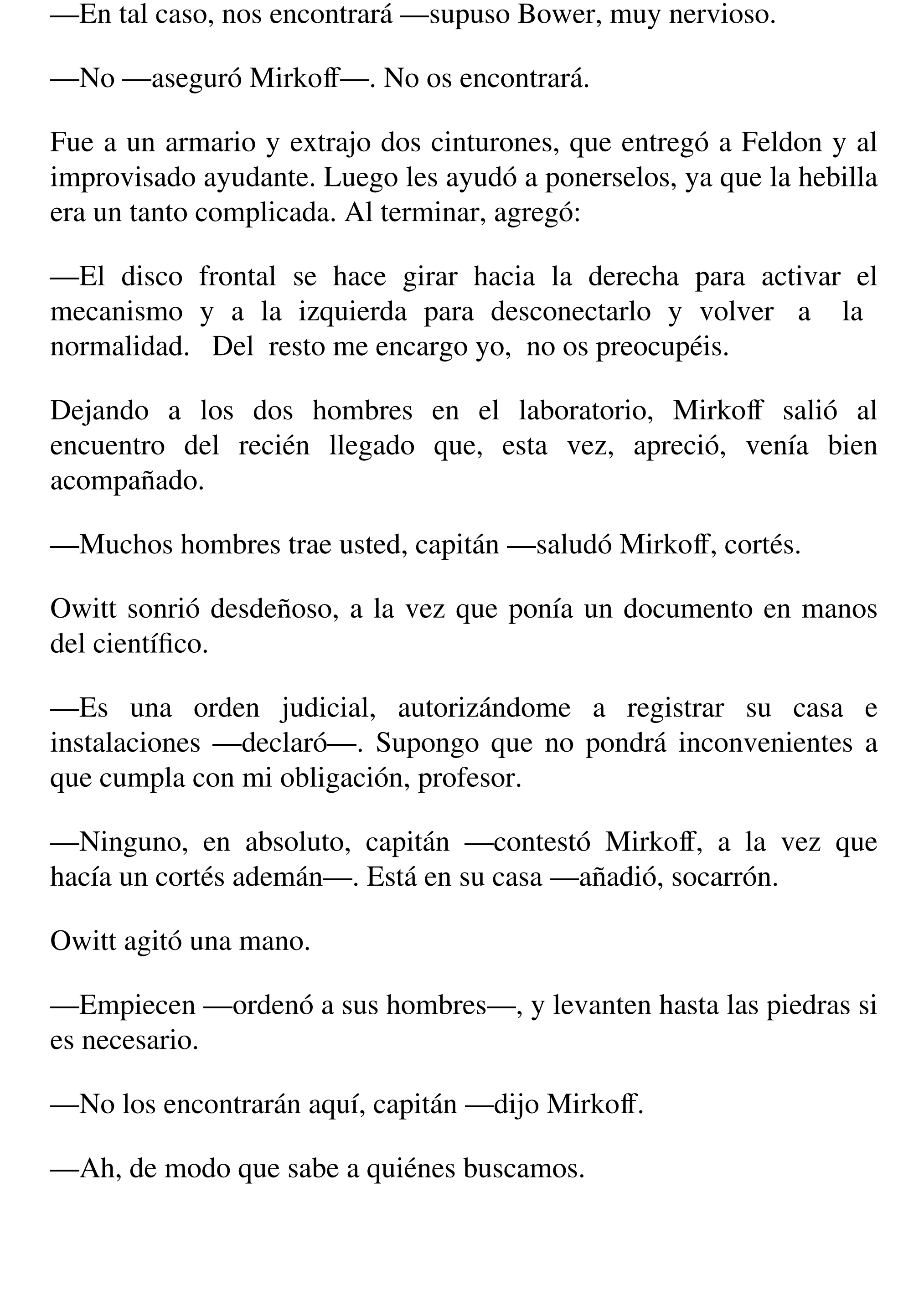
Veinticuatro horas más tarde, Feldon, a través de una ventana, vio un aeromóvil que se disponía a aterrizar en las inmediaciones de la casa.

El aparato llevaba unos distintivos que él conocía muy bien. Inmediatamente, corrió a avisar al profesor y a Bower, quienes se hallaban en el laboratorio, trabajando activamente.

—¡Profesor, viene alguien! —exclamó, muy excitado—. Y, me gustaría equivocarme, pero apostaría algo bueno a que es la mano derecha de Schwarzkopf...

Mirkoff frunció el ceño.

—Esta vez, si viene, lo hará con todas las de la ley. No querrá correr



riesgos y tampoco verse en un compromiso —dijo.

—En tal caso, nos encontrará —supuso Bower, muy nervioso.

—No —aseguró Mirkoff—. No os encontrará.

Fue a un armario y extrajo dos cinturones, que entregó a Feldon y al improvisado ayudante. Luego les ayudó a ponerselos, ya que la hebilla era un tanto complicada. Al terminar, agregó:

—El disco frontal se hace girar hacia la derecha para activar el mecanismo y a la izquierda para desconectarlo y volver a la normalidad. Del resto me encargo yo, no os preocupéis.

Dejando a los dos hombres en el laboratorio, Mirkoff salió al encuentro del recién llegado que, esta vez, apreció, venía bien acompañado.

—Muchos hombres trae usted, capitán —saludó Mirkoff, cortés.

Owitt sonrió desdeñoso, a la vez que ponía un documento en manos del científico.

—Es una orden judicial, autorizándome a registrar su casa e instalaciones —declaró—. Supongo que no pondrá inconvenientes a que cumpla con mi obligación, profesor.

—Ninguno, en absoluto, capitán —contestó Mirkoff, a la vez que hacía un cortés ademán—. Está en su casa —añadió, socarrón.

Owitt agitó una mano.

—Empiecen —ordenó a sus hombres—, y levanten hasta las piedras si es necesario.

—No los encontrarán aquí, capitán —dijo Mirkoff.

—Ah, de modo que sabe a quiénes buscamos.

—Conozco la noticia. Usted sospecha que Feldon y el otro están en mi casa, ¿verdad?

—En una rifa, se llevaría usted todas las papeletas, profesor.

—Se equivoca: no tengo ni una sola.

Hablaban sin dejar de caminar, mientras los guardias registraban detenidamente el interior de la casa. De pronto, llegaron a la puerta de un dormitorio.

—¿Qué le pasa a esa chica? —preguntó Owitt.

—Está en C.H.A. No le oirá ni responderá a sus preguntas, capitán.

Owitt hizo un gesto de extrañeza.

—¿Qué es eso de C.H.A?

—Coma de Hipnopedia Acelerada —respondió Mirkoff—. Si no me cree, pregúntele a su médico, el doctor Krony. Una cosa, capitán: no la toque siquiera o le costaría muy caro. Cuando digo que está en coma, es que está en coma, ¿lo ha comprendido?

Owitt se sintió muy impresionado por aquellas palabras. La inmovilidad de Kilda era absoluta, salvo los movimientos indispensables para la respiración. Pero, aun así, no se dio por vencido.

—Al menos, permitirá que alguien consulte con el doctor Krony —dijo.

Mirkoff señaló un videófono.

—Está en su derecho —respondió.

Un cuarto de hora más tarde, Owitt torció el gesto.

—Lo siento por ella, profesor, y deseo que se alivie pronto —dijo.

—Gracias por sus buenas" intenciones, capitán —contestó Mirkoff sarcásticamente.

Al cabo de una hora, un guardia, con insignias de sargento, llegó, saludó y dijo:

—No hay nadie en esta casa, salvo el profesor y la enferma, señor.

Owitt apretó los labios.

—Estoy seguro de que ha sabido esconderlos muy bien —masculló—. No importa; vigilaremos su casa...

—Capitán, su orden habla solamente de registrarla, no de vigilarla —exclamó Mirkoff enérgicamente—. Si veo a uno solo de sus hombres a menos de dos mil metros de distancia, denunciaré ante el mismo juez que firmó la orden de registro y se verá metido en un buen lío. Pudieron impedir mi viaje a las estrellas, pero era un asunto de Estado y no pude ofrecer resistencia. Este es un caso muy distinto, un asunto de derecho común y ni siquiera el presidente podría contravenir la ley. Espero que lo haya comprendido y sepa dejarnos en paz de una vez para siempre.

Owitt dijo algo entre dientes. En modo alguno podía re batir las palabras del profesor; sabía que éste tenía toda la razón y que no podía actuar fuera de la ley.

—No le molestaremos más —prometió secamente.

—Así lo espero —dijo Mirkoff con no menos sequedad.

CAPITULO IX

Owitt y sus hombres se habían marchado. Mirkoff respingó al ver aparecer súbitamente a Feldon a su lado.

—¡Demonios, casi me has asustado...!

Feldon contempló maravillado el cinturón que acababa de quitarse.

—Nunca habría creído ver una cosa semejante, profesor —manifestó.

—¿Ver? —dijo Bower, haciéndose también visible—. Pero si no veíamos nada... *¡Éramos invisibles*

Mirkoff sonrió con fingida modestia.

—Es un apara tito de mi invención... Realmente, no convierte a las personas en invisibles, sino que rechaza, refracta y refleja los rayos luminosos, todo a la vez, y eso hace que el sujeto que utiliza uno de esos cinturones, y que queda envuelto en una especie de esfera de unos dos metros de diámetro, resulte...

Feldon levantó una mano.

—¡Alto, profesor! No empiece con explicaciones científica. Éramos invisibles y eso es lo que cuenta. ¿No te parece, Dan?

—Desde luego, pero la visita de Owitt me ha hecho pensar a fondo —declaró Bower con aire de preocupación.

—¿Qué te ocurre ahora, Dan? —quiso saber el joven.

—Es bien sencillo, Nick. Schwarzkopf es hombre habituado a prever todas las posibilidades. Sabe que yo me he evadido de presidio contigo. Realmente, debería parecer una acción inocua, pero no lo es, porque él habrá querido saber quién es el tipo que se largó contigo. Apenas se haya enterado de que soy un «especialista» en cajas fuertes, habrá puesto sus documentos a buen recaudo, en otro sitio.

—Parece lógico —convino Mirkoff.

—Además, como supone que, a pesar de todo, nosotros iremos a su caja fuerte, nos habrá preparado una trampa inesperada —añadió Bower.

—¿Por ejemplo? —inquirió Feldon.

—Un par de kilos de explosivo.

El joven se quedó sin aliento.

—Entonces, ¿hemos de desistir? Schwarzkopf se habrá salido con la suya y seguirá dominando al presidente...

—Hay una solución —dijo Bower—. Una vez la utilicé yo y me dio un resultado magnifico, pero era porque el..., el «paciente» no me conocía y pude acercarme a él sin problemas. Ahora la cosa es muy distinta y Schwarzkopf estará siempre muy bien guardado. Aparte de que tendrá mi fotografía y sabría reconocerme. Y a ti también, Nick.

—Muy bien, ¿cuál es esa solución? —exclamó el joven, impaciente.

Bower se volvió hacia el profesor.

—¿Cuánto pueden permanecer en actividad sus cinturones de invisibilidad? —preguntó.

—Oh, cinco, seis horas...

—Es suficiente. Pero hay algo que tendrá que hacer usted en persona, profesor, porque ni Nick ni yo podemos salir de aquí, por el momento.

Y lo haré sin vacilar.

—Muy bien, profesor. Se llama Peter Venable y fue un químico notable en una de las empresas más importantes. Hizo algunas trampas y lo despidieron y... pero la historia es demasiado larga para contarla ahora. Usted irá a verle y le dirá solamente que necesito dos dosis

exactamente iguales a la que utilicé en el caso MacByngton. ¿Entendido?

Mirkoff sonrió.

—No, pero lo haré como dices, Dan —prometió.

* * *

El coronel Schwarzkopf sonreía mientras contemplaba el espectáculo de la fiesta que se celebraba en los jardines del palacio residencial.

El palacio y los jardines estaban fuertemente vigilados. Había centenares de invitados y abundaban las mujeres jóvenes y hermosas, todas ellas ataviadas con los más audaces indumentos que se había visto hasta entonces. Sólo las mujeres de edad madura, que ya no podían presumir de encantos físicos, llevaban oculto el pecho.

La mayoría de las jóvenes, sin embargo, enseñaban solamente uno de sus senos. Era la moca, pensó Feldon desde su situación de invisibilidad, que le había permitido, junto a Bower, penetrar en el recinto sin ser detectado por los servicios de seguridad.

Otra persona también había penetrado en el recinto, aunque ella misma ignoraba dónde estaba y qué era lo que hacía. Tras mucho pensarlo, y aunque le dolía enormemente, Feldon había decidido utilizar a Kilda, aprovechando su estado. La joven podía obedecer órdenes y él la había instruido previamente, aun sabiendo que hablaba a un ser desprovisto de alma, un robot de carne y hueso que no recordaría luego lo que había sucedido.

Para entrar, Feldon la había llevado en brazos, cubriéndola así con su propia esfera de invisibilidad. Luego la había dejado en un lugar discreto y ella había vuelto a ser visible.

Feldon y Bower no se separaban. Puesto que no podían verse, iban con las manos juntas, a fin de evitar la ruptura de un contacto que podía resultar pernicioso en el último instante. Así vieron a Kilda,

soberanamente hermosa, luciendo sus innegables atractivos físicos, acercarse a Schwarzkopf con toda naturalidad.

Era, sin embargo, una persona que actuaba mecánicamente. Kilda no veía prácticamente nada. Su cerebro no traducía las imágenes que llegaban a través del nervio óptico una vez captada por la retina.

En su cerebro habían sido grabadas determinadas instrucciones que Feldon sabía cumpliría con toda exactitud. Habían hecho varias pruebas y todas ellas con resultado satisfactorio. Kilda no podía fallar.

A Feldon le sangraba el corazón pensar que estaba utilizando a la joven como si fuese una máquina, pero sabía que no tenía otra opción. En cierto modo, era la forma de vengar también a Tania Sherr.

Schwarzkopf parpadeó al ver a la joven. Kilda, por otra parte, tenía un aspecto muy distinto del habitual y el coronel no la reconocería de inmediato. Además, aunque fuera así, no se atrevería a provocar un escándalo en una fiesta cuyo anfitrión era el propio presidente.

—Señora... —dijo Schwarzkopf.

Kilda se detuvo un tanto irresoluta.

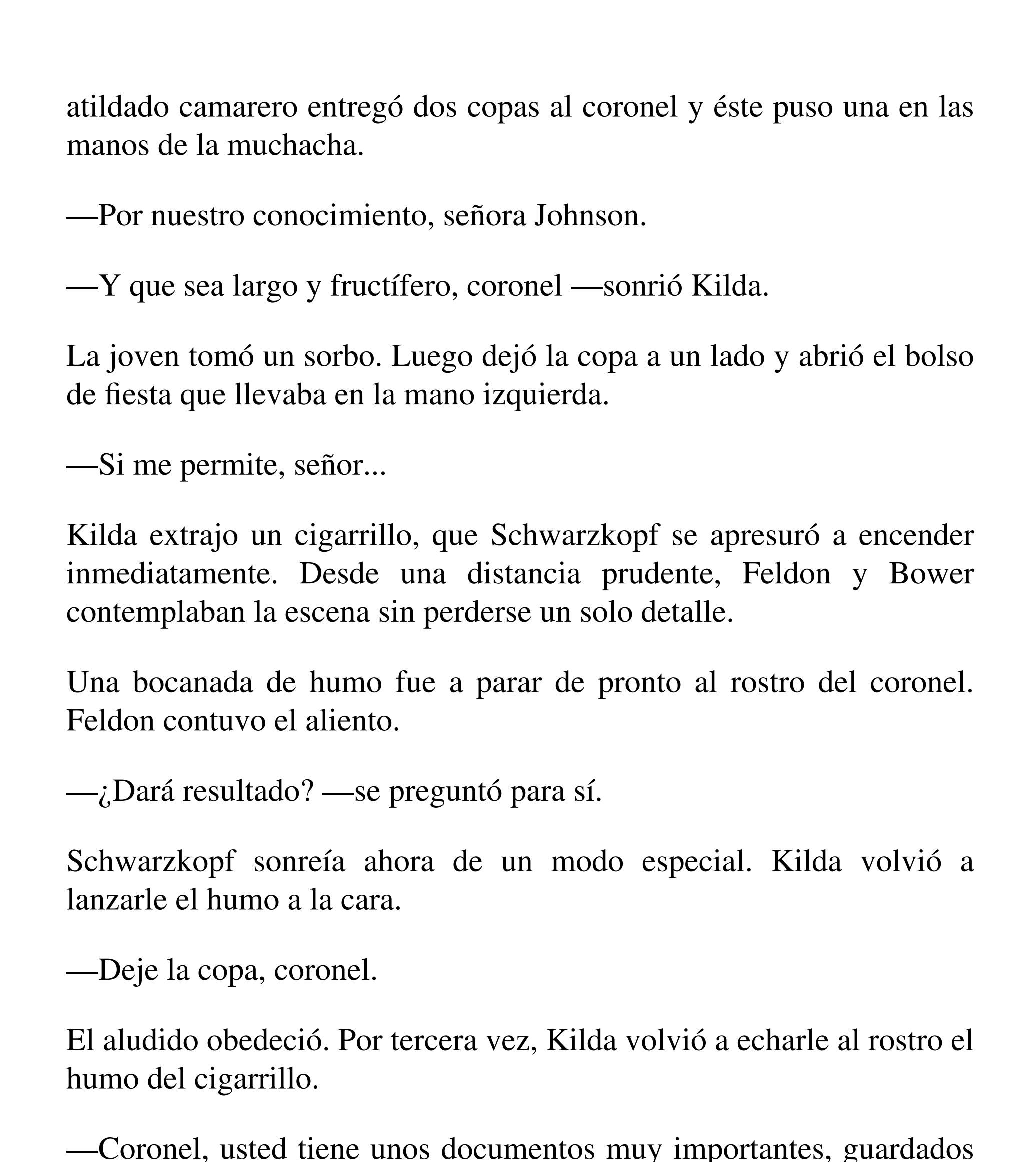
—No tengo el gusto, señor —manifestó con encantadora pero artificial sonrisa.

—Permítame, señora. Soy el coronel Schwarzkopf, ayudante presidencial y su más rendido admirador a partir de este momento. ¿Quiere aceptarme una copa, señora...?

Ella dio el nombre que ya había utilizado al hospedarse en el hotel.

—Jessie Johnson, señor. Es un placer conocerle, coronel... Acepto encantada esa copa.

Galante, Schwarzkopf le ofreció su brazo y la condujo hasta una enorme mesa, donde había toda clase de manjares y bebidas. Un



atildado camarero entregó dos copas al coronel y éste puso una en las manos de la muchacha.

—Por nuestro conocimiento, señora Johnson.

—Y que sea largo y fructífero, coronel —sonrió Kilda.

La joven tomó un sorbo. Luego dejó la copa a un lado y abrió el bolso de fiesta que llevaba en la mano izquierda.

—Si me permite, señor...

Kilda extrajo un cigarrillo, que Schwarzkopf se apresuró a encender inmediatamente. Desde una distancia prudente, Feldon y Bower contemplaban la escena sin perderse un solo detalle.

Una bocanada de humo fue a parar de pronto al rostro del coronel. Feldon contuvo el aliento.

—¿Dará resultado? —se preguntó para sí.

Schwarzkopf sonreía ahora de un modo especial. Kilda volvió a lanzarle el humo a la cara.

—Deje la copa, coronel.

El aludido obedeció. Por tercera vez, Kilda volvió a echarle al rostro el humo del cigarrillo.

—Coronel, usted tiene unos documentos muy importantes, guardados en alguna parte. Dígame dónde están —ordenó Kilda.

—Los tengo en mi residencia campestre, junto al lago Luna Azul. Cuarto tronco, entrando, a la derecha, a contar desde el suelo.

—Gracias, coronel. Es usted muy amable. Ahora le ordeno que me olvide absolutamente.

—Sí, señora.

—Váyase y compórtese con toda naturalidad. Y. recuerde, no ha visto jamás a Jessie Johnson.

Schwarzkopf dio media vuelta y se alejó. A cierta distancia, un hombre situado en un lugar discreto, contemplaba la escena con aire de preocupación.

Aquella hermosa joven le parecía conocida al capitán Owitt. Sentíase inquieto y desazonado, porque presentía que estaba ocurriendo algo fuera de lo normal y no acababa de comprender lo que era.

Kilda dio media vuelta y se marchó. Ovitt se dispuso a seguirla. Averiguaría quién era, como fuese; por la fuerza, si resultaba necesario.

—El esbirro viene hacia aquí —anunció Bower a media voz.

—Lo estoy viendo —contestó el joven—. Ahora protegeremos la retirada de Kilda.

—Deje, yo me encargo de ello —pidió Bower.

Owitt estaba ya a punto de alcanzar a la muchacha, cuando de pronto, vio aparecer ante él a un sujeto cuya presencia en la fiesta resultaba de todo punto inexplicable.

—¡Bower! —rugió.

El sujeto se puso el pulgar en la punta de la nariz y eje cuto un inequívoco gesto de burla.

—¿A que no me pillas? —dijo, a la vez que echaba a correr.

Durante unos segundos, Bower había vuelto a ser visible, interponiéndose entre Owitt y la muchacha. El policía se sintió irresoluto durante unos segundos.

Al final, se impuso el sentimiento del deber. No conocía a la dama que había estado con su jefe y podía cometer un error que le pondría en

una difícil situación. En cambio, allí tenía a un fugado de presidio.

Corrió detrás de Bower, sin darse cuenta de que Kilda había desaparecido, al penetrar en la esfera de invisibilidad de Feldon. Bower, por su parte, alcanzó unos arbustos y pasó al otro lado.

Owitt repitió la maniobra. Cuando llegó a la otra parte de los arbustos, comprobó, absolutamente desconcertado, la desaparición del hombre al que perseguía.

—¿Habré visto visiones? —se preguntó, a la vez que se rascaba la cabeza.

En algún lugar, se oyó una sonora carcajada de burla. Owitt se revolvió velozmente, pero no consiguió ver nada. Bower, por su parte, juzgó que lo más prudente era emprender el regreso a la casa del profesor.

Cuando llegó. Kilda estaba de nuevo en su lecho.

—¿Lo ha conseguido? —inquirió.

—Sí, ya sé dónde están esos documentos —contestó el joven—. Y vamos a ir a buscarlos inmediatamente, antes de que Shwarzkopf se dé cuenta de que ha sido objeto de un engaño.

—Ella le ordenó que lo olvidase...

—Pero Owitt la miraba de un modo que no me gustó nada. Si se da cuenta de que era Kilda, podría obtener deducciones que no resultarían beneficiosas para nosotros, precisamente.

—Sí, creo que tienes razón —convino Bower—. Bueno, será cosa de utilizar tu aeromoto, supongo.

—Inmediatamente —respondió Feldon.

Miró una vez más a la joven y sintió que le sangraba el corazón. ¿Iba a permanecer Kilda eternamente en aquella situación?

¿No habría algún medio de sacarla de su estado de coma y conseguir que volviese a la normalidad?

Ahora podía ordenarle que se levantase, que le dirigiera sonrisas y que conversara con él, pero sabía que tales cosas serían hechas por un cuerpo sin alma. Si él se callaba, Kilda callaría también. Si la ordenaba sentarse, permanecería en esta postura, hasta que le diese otra orden.

—No, esto no es vida... y tiene que haber algún remedio —mascculló entre dientes.

—¿Decías...? —preguntó Bower.

—Nada, Dan —contestó el joven—. ¡Vamos! —añadió, resuelto.

CAPITULO X

La motoneta se detuvo a poca distancia de la cabaña que se veía a orillas de un lago de quietas aguas, en el que se reflejaba la luz del satélite en creciente.

—El tío tiene buen gusto —comentó Bower, al poner el pie en el suelo.

—Sí, es un lugar maravilloso —admitió Feldon—. Pero no tenemos llave de la cabaña...

Bower soltó una risita.

—Tú sabes dónde están los documentos. Deja que yo me encargue del resto.

La cabaña, en realidad, era una lujosa construcción, artificialmente rústica. Feldon pudo comprobar bien pronto que los troncos no debían nada a la naturaleza y sí a una fábrica. Sin embargo, resultaba una imitación perfecta y el edificio daba una impresión de rusticidad sumamente agradable.

Bower se aplicó al trabajo. La puerta era también de madera imitada, pero brindada por dentro, y provista además de una cerradura especial, cuya clave tardó Bower en encontrar un buen rato.

Pero, al fin, la espera dio resultado y el paso quedó libre. Bower se echó a un lado, sudoroso, sonriente, y extendió una mano:

—Usted primero, excelencia —dijo.

Feldon hizo una burlona reverencia. Entró en la cabaña y dio la vuelta a la puerta inmediatamente.

—A la derecha, cuarto tronco a cortar desde el suelo —dijo—. ¿Qué opinas. Dan?

—Un tronco hueco —respondió el aludido instantáneamente.

—Yo había pensado también en lo mismo.

Feldon se puso en cuclillas y empezó a recorrer con los dedos la superficie del tronco artificial.

—No encuentro nada —dijo al cabo de unos momentos, desalentado.

—A ver, déjame a mí —solicitó Bower.

Las sensibles yemas de los dedos del ladrón profesional recorrieron el tronco. Al cabo de unos momentos, hizo un gesto con la cabeza.

—Creo que ya lo tengo —murmuró.

Apoyó las dos manos en el tronco, de modo que las yemas de los cuatro dedos quedasen en la parte superior de la curva y los pulgares en la inferior. Luego hizo un seco gesto de torsión, como si quisiera hacer girar aquel cilindro que solamente sobresalía en una tercera parte, aproximadamente.

Se oyó un chasquido. El tronco, efectivamente, giró, como una tapa cilíndrica, dejando al descubierto un hueco de unos setenta centímetros de largo por veinte de diámetro. En su interior había un tubo metálico, con tapa, de unas dimensiones ligeramente inferiores a las del hueco.

—¡Ahí está! —gritó Feldon excitadamente.

Sacó el tubo y ya se disponía a quitar la tapa, cuando Bower se lo prohibió con un gesto.

—No hagas nada hasta que hayamos vuelto a casa del profesor —dijo.

Feldon le miró, intrigado.

—¿Por qué, Dan?

—Schwarzkopf es un tipo más retorcido que un sacacorchos. Puede haber colocado una trampa. Si es explosiva, saltaríamos por los aires al intentar abrir el tubo. Pero puede ser también incendiaria y entonces resultarían destruidos los documentos. Antes de intentar abrir ese tubo, quiero examinarlo por rayos X.

—Una excelente precaución —aprobó el joven—. ¿Volvemos?

—Sí, pero dejaremos todo tal como estaba y, además, procuraré borrar mis huellas dactilares —contestó Bower.

Minutos después, salían de la cabaña y alzaban el vuelo en dirección a la casa del profesor Mirkoff. Llegarían relativamente tarde; la distancia era casi de cuatrocientos kilómetros y la motoneta, si bien un vehículo sumamente práctico, no era capaz de alcanzar velocidades muy superiores a los cien kilómetros por hora..

* * *

Dormía tranquilamente, cuando en alguna parte se oyó el tañido de una campanilla. Mirkoff despertó, pero durante unos momentos, creyó que soñaba.

—No puede ser... —murmuró.

Le parecía algo totalmente increíble, pero el sonido era real y no producto de su imaginación. Por tanto, se puso en pie y, envuelto en una bata, corrió hacia el cobertizo.

Abrió una puerta lateral. Inmediatamente, se quedó extático, con la boca abierta, los ojos dilatados y fijos en el reluciente aparato que se había posado en el centro del recinto.

El techo terminaba de cerrarse en aquellos momentos. Durante casi un minuto, Mirkoff permaneció inmóvil, negándose a dar crédito a lo que captaban sus pupilas.

Luego, bruscamente, lanzó un aullido de júbilo:

—¡Ha vuelto! ¡Mi nave ha regresado!

Dio dos pasos hacia adelante y, en el mismo momento, se abrió la escotilla y se desplegó la escala automática de acceso.

Una figura humana apareció en el umbral. Mirkoff se sintió terriblemente asombrado al ver a un hombre viejísimo. Le pareció que debía de tener más de doscientos años.

—¿De dónde sale este sujeto? —exclamó, sin poder contenerse.

El desconocido parecía muy débil. Mirkoff, sintiendo una viva compasión, corrió hacia él y le sostuvo en sus brazos, cuando ya se desplomaba al suelo.

—No tema, está entre amigos —dijo. «¿Me entenderá?», se preguntó, temiendo que aquel anciano fuese un hombre de otro mundo—. Venga conmigo y trataré de ayudarle... Soy el profesor Mirkoff...

—Mi nombre es... Jack... Bentee... —jadeó el anciano, con voz apenas audible.

—¡Bentee! —repitió Mirkoff, estupefacto.

De pronto, Bentee vaciló y empezó a caer. Mirkoff logró sostenerle en sus brazos y luego lo levantó en vilo, sorprendiéndose de lo poco que pesaba el sujeto.

—Está en los huesos —murmuró, mientras lo llevaba al interior de la casa.

Feldon y Bower llegaron a cerca del mediodía y, en el acto, buscaron al profesor. Necesitaban su ayuda para que examinara el tubo por rayos X, pero, ante su sorpresa, lo encontraron en una de las habitaciones de huéspedes, junto a un anciano de aspecto venerable, que parecía estar a punto de morir.

—¿Quién es ese hombre, profesor? —inquirió Feldon.

—El ladrón de mi nave —replicó Mirkoff.

—¿Cómo? ¿Tiene la nave otra vez...?

Mirkoff hizo un gesto de aquiescencia. Luego señaló a Bentee.

—Se muere —dijo—. No tiene nada, excepto demasiados años. La senilidad es una dolencia incurable, muchacho.

—¿Tan viejo... y le robó la nave? No lo comprendo, profesor...

—Es Jack Bentee, el tipo que se fugó de presidio. Casualmente, vino a parar a mi casa, cuando huía de sus perseguí dores, vio la nave, se metió en ella, dio el contacto...

—Y voló a las estrellas.

—No, en absoluto. No ha llegado nunca a más de treinta y seis mil kilómetros de la superficie de nuestro planeta —contestó Mirkoff sorprendentemente.

Bower se inclinó sobre el moribundo.

—¿Cómo diablos puede ser este hombre Jack Bentee? Yo lo conocí en el penal y tenía menos de cuarenta años... y ahora parece como si tuviera doscientos...

—Ha envejecido en el espacio, y en el plazo de estas pocas semanas —dijo el profesor.

—Me gustaría que se explicase —pidió Feldon—. Si lo que dice es cierto, contradice totalmente sus teorías, profesor. Volar a velocidades superiores a la de la luz puede resultar funesto. ¿O no estamos viendo las consecuencias?

—En este caso particular, sí, pero no cuando la nave vuele a Siddonia. Son dos trayectorias muy distintas sobre todo, si tenemos en cuenta que Bentee no ha perdido nunca el contacto con la Tierra, aunque estuviese a la distancia que acabo de mencionar.

El joven se rascó la cabeza.

—Yo diría que eso es una paradoja... y no acabo de entenderla —manifestó.

Bower dejó el tubo a un lado.

—Voy a traer café; creo que lo necesitamos —dijo.

Mirkoff se encaró con el joven.

—La explicación es bien sencilla. Mi nave tenía programado el despegue, pero no la órbita para llegar a Siddonia. Bentee, por su parte, según he llegado a comprender por sus explicaciones, pudo desconectar el piloto automático primario, pero no supo alejarse del planeta a una distancia superior. En consecuencia, ha estado orbitando en torno a la Tierra durante todo este tiempo y a una velocidad muy superior a la de la luz. Ahora bien, como sabes, la Tierra órbita en torno al Sol, y él con la nave, siguió esa misma órbita, pero a una velocidad infinitamente superior. La de la Tierra es de casi treinta kilómetros por segundo. Mi nave alcanzó velocidades centenares de veces superiores. ¿Lo entiendes ahora?

Los ojos de Feldon se abrieron desmesuradamente.

—¡Se adelantó al tiempo! —exclamó.

—Exacto —confirmó Mirkoff con amplia sonrisa.

—Pero eso no puede ser... El estaba fuera de la Tierra... Fuera de nuestro tiempo...

—Nick, hijo, cuántos satélites geoestacionarios tenemos ahora orbitando en torno a la Tierra, ¿eh? Centenares, ¿verdad? Cada uno de esos satélites está fijo sobre un mismo punto del planeta, sobre su vertical... y en él, sus tripulantes, siguen el mismo horario que las personas que se hallan en la superficie, directamente bajo ellos. Por supuesto, un satélite situado justo sobre San Francisco, tendrá un

horario distinto a otro situado sobre Nueva York, por ejemplo, como sucede actualmente entre esas dos ciudades. Pero el tiempo, arriba, es el mismo que aquí abajo.

—Ahora si me parece comprenderlo —dijo Feldon.

—Lo celebro, muchacho. Mi nave se quedó allá arriba, justo sobre nuestra vertical. Cuando se movía, a la velocidad necesaria para mantenerse constantemente sobre nosotros, mantenía siempre el mismo horario. Pero ¿qué pasó cuando este desgraciado, por las causas que fueran, le imprimió una velocidad muy superior?

—Empezó a recorrer la órbita de la Tierra, pero adelantándose al planeta en varias órbitas...

—Cada órbita completa de la Tierra en torno al Sol es un año, como no ignoras. Si duplicas la velocidad, la recorrerás en seis meses, pero habrás envejecido un año. ¿Qué pasará si esa velocidad se hace, por ejemplo, cien veces mayor?

—En menos de cuatro días, habrá pasado un año.

—A una velocidad mil veces superior, la órbita habrá sido recorrida en algo menos de nueve horas. Es decir, en unos quinientos veintiocho minutos, habrá transcurrido un año. Ahora bien, cuenta el tiempo que pasó desde el robo de la nave y comprenderás que este hombre, que no tiene cuarenta años en aquel momento, haya envejecido doscientos o más.

Feldon contempló unos momentos a Bentee, cuya respiración era apenas perceptible y sintió hacia él una infinita compasión.

—Pero podría haber volado en sentido contrario y vuelto a su primitiva edad... —alegó, vacilante.

—No. El organismo humano no retrocede físicamente. Al menos, en una «cantidad» apreciable —contradijo Mirkoff—. Bentee había llegado ya a un punto temporal irreversible. Unos años más, diez o

veinte incluso, habrían carecido de importancia. Pero ciento cincuenta son demasiados.

Bower entró en aquel momento con una bandeja en las manos.

—¿Cómo sigue el paciente? —preguntó.

Mirkoff se inclinó sobre Bentee y le puso una mano en el pecho.

—Ha muerto —dijo, al cabo de unos segundos.

* * *

—Pero, bueno, anímate —dijo Bower más tarde, a la vez que daba una fuerte palmada en el hombro de Feldon—. Hemos desarmado la trampa del tubo y ahora tenemos los documentos que acogotaban al presidente. Schwarzkopf está fuera de combate, puede decirse...

—Shwarzkopf y el presidente me importan un rábano —contestó el joven sorprendentemente.

—¿Eh? No entiendo —exclamó Bower, desconcertado.

Feldon dio un fuerte puñetazo sobre la mesa, a la vez que se ponía en pie.

—¿Es que no lo comprendes, Dan? Es Kilda la que me preocupa. ¿Va a permanecer siempre en su actual estado? Sí, ya sé que puedo ordenarle que se levante, que me hable, que me sonría... pero es lo mismo que si se lo ordenase a una máquina, a un robot con su figura... Incluso si le pidiera que nos casáramos, tendríamos hijos... pero ¿sabría ella que había parido un niño? Cuando no le ordenase cuidarlo, lo tendría abandonado, sin hacerle el menor caso...

—Pues mira, puede que no fuese mala solución. Entre las relaciones conyugales y luego el parto, quizá se podría provocar un «schock» que la volviese a la normalidad...

—¡No! —exclamó el joven rotundamente—. Yo no podría tener

relación física con un cuerpo inanimado. Cada vez que le hiciera el amor, me parecería que estoy cometiendo una violación... Ella se sometería pasivamente, sin poner de su parte un átomo de cariño y de pasión...

Bower extendió las manos, en un gesto d resignación.

—Entonces, no se me ocurre nada —manifestó—. Porque lo único que podría curarla es algo enteramente utópico, es decir, volver atrás en el tiempo y evitar que consiga su maldito doctorado acelerado. Perdería sus conocimientos de física, pero ¿a quién le importaría eso? Hay demasiados científicos en este cochino mundo, Nick.

Feldon juntó las cejas súbitamente.

—Volver atrás en el tiempo y evitar que inicie su doctorado acelerado —repitió.

—Sí, pero eso es algo imposible...

—¡Dan! —aulló el joven de pronto.

Bower se asustó.

—Nick, por todos los diablos, ¿qué te pasa ahora? Tienes unos ojos de loco.

La mano de Feldon se crispó sobre el hombro del ladrón.

—Dan, amigo, creo que has dado con la solución —dijo.

—¿Yo? —Bower lanzó una risita de conejo—. Nick, tú no estás bien de la cabeza... Claro que lo digo en sentido figurado... Estás perfectamente sano...

Pero el joven ya no le escuchaba. Con paso firme, salía de la habitación, encaminándose directamente al despacho de Mirkoff.

En aquellos momentos, el profesor estaba enfrascado en el examen de

los documentos contenidos en el tubo de metal sustraído de la residencia campestre de Schwarzkopf. Al ver a Feldon, sonrió y dijo:

—Nick, ahora ya creo saber por qué ese miserable no quería que yo viajara a Siddonia...

—Perdone, profesor, pero creo que eso importa poco ahora —atajó Feldon con voz firme—. Hay algo más urgente que hacer y es conseguir que Kilda vuelva a la normalidad.

Mirkoff usaba todavía unas anticuadas gafas cuando tenía que leer o escribir y se las quitó para mirar fijamente al joven.

—¿Algún buen psiquiatra? —sugirió.

—No, no daría resultado, lo sabremos de sobra. Emplearemos medios físicos, hasta cierto punto, y digo esto, porque serán intangibles.

—Explícate, hijo, ¿quieres?

—Profesor, Bentee murió de senilidad, es decir, porque había envejecido demasiado, y ello ocurrió porque se había adelantado excesivamente al tiempo, dado que estuvo volando en su nave a una velocidad superior a la de la Tierra en su órbita normal.

—Sí, está demostrado hasta la saciedad, pero eso no ocurrirá cuando volemos a Siddonia. Abandonaremos el tiempo terrestre y entraremos en otro que no se puede definir exactamente, hasta llegar a Siddonia, en cuyo momento, nos encontraremos en su espacio temporal. Luego, al regreso...

Feldon hizo un gesto de impaciencia.

—Todo eso lo sé de sobra, profesor. También sé que llegaremos a Siddonia en una época quizá varios cientos de años más atrás de la nuestra, pero que regresaremos a nuestro tiempo al volver a la Tierra. Repito, sin embargo, que eso puede esperar, porque quiero repetir la experiencia de Bentee, con Kilda a bordo y en sentido contrario al que

lo hizo ese desgraciado.

Mirkoff apoyó su mentón en una mano.

—Creo que empiezo a comprender —dijo—. Tú quieres llevar a Kilda a una época anterior al tratamiento que siguió para conseguir el doctorado acelerado.

—Exactamente. Pero necesitaría que hiciera usted los cálculos necesarios de los días que habremos de pasar a bordo, mientras fuera transcurre el tiempo de una forma muy distinta. Mucho más rápida, por supuesto.

El profesor entornó los ojos.

—Ella hizo el doctorado en unos seis meses, esto es, ciento ochenta días. Por tanto, serán necesarias ciento ochenta órbitas en sentido contrario al dé la Tierra y, naturalmente, a una velocidad muy superior.

—¿Cuánto, profesor? Descontando los naturales períodos de aceleración y deceleración, calculados en un par de semanas.

Mirkoff sonrió.

—No necesitarías más, porque podrías volar precisamente a esa velocidad, esto es, ciento ochenta veces superior a la de la luz, y una vez conseguida la aceleración, en... Espera y te lo diré en seguida.

El profesor agarró papel y lápiz y empezó a trazar unos cálculos con una rapidez que asombró al joven. A Feldon le pareció que apenas acababa de empezar, cuando ya tenía la solución había conseguido la solución:

—Diecisiete segundos, Nick. Una cifra muy aproximada, pero la exacta, como puedes comprender, deberá ser fijada por la calculadora de a bordo. Además, tienes que averiguar la fecha exacta en que ella inició los cursos del doctorado acelerado, para llegar hasta allí, pero ni

un minuto más, ¿comprendes?

Feldon se dirigió hacia la puerta.

—Usted ocúpese de la nave y yo haré el resto —dijo.

CAPITULO XI

El presidente había salido a tomar el fresco en los jardines de su residencia. Había tenido un día muy cargado y necesitaba aliviar un poco sus numerosas preocupaciones. La noche era clara y despejada, aunque sin luna, y en el jardín había algunas zonas completamente en sombras.

De pronto, cuando pasaba junto a un seto, oyó una voz que procedía de los ramajes:

—Señor, tengo los documentos que tanto le comprometían y que el coronel Schwarkopf guardaba en su poder. No quiero decirle más, porque usted sabe perfectamente de qué se trata. Pero de este modo, se verá libre de la funesta influencia de ese miserable.

El presidente, atónito, se paró, tratando de traspasar las tinieblas con la mirada.

—¿Quién es usted? ¿Dónde está? —preguntó.

—A dos pasos de su excelencia, señor. Luego le diré mi nombre, pero, a fin de que vea que no le engaño, ahí tiene...

Los ojos del presidente se dirigieron al pie del seto, por donde acababa de asomar un sobre muy abultado.

—No tema, señor; no se ninguna trampa —continuó el joven—. ¿Recuerda su excelencia a la señora Sherr?

—Sí, la envenenó un miserable llamado Feldon...

—Lo hizo Schwarzkopf, aunque le culparon a Feldon de un crimen que no había cometido, y todo ello porque tuvo la suerte de no beber el mismo vino envenenado. De todas formas, ahora, usted, libre de la opresión de ese canalla, podrá ordenar que abran una investigación imparcial.

—Tania Sherr era muy buena amiga mía —dijo el presidente con voz melancólica.

—La muerte de la señora Sherr pesa sobre la conciencia de... Bueno —rió Feldon—, Schwarzkopf no tiene conciencia, así que ¿por qué preocuparnos por un detalle tan nimio?

—Comprobaré esos documentos y. si son los auténticos, le prometo ordenar una investigación imparcial sobre Feldon.

—Gracias, señor. Y ahora, permita que me retire como he venido...

—Oiga —dijo el presidente—, quienquiera que sea usted, no ha podido burlar las barreras de seguridad de mi residencia. A menos que tenga cómplices entre mi personal de escolta...

—Ninguno de ellos sabe que estoy aquí y tampoco me han visto, excelencia. Pero no recele de ellos, porque todos le son absolutamente fieles.

—Salvo Scwarzkopf —reconoció el político con amargura.

—Ese traicionaría a su propia sombra. Despídalo, señor; además, sé que es algo que usted está deseando hace tiempo y que no ha podido hacer por los motivos que ambos conocemos. Péguele duro, señor.

El pecho del presidente se dilató.

—No se imagina qué especie de patada le voy a arrear —contestó—. Pero ¿no se atreve a decirme su nombre, señor?

—Feldon, excelencia.

El presidente oyó aquellas palabras y avanzó hacia el seto. . Pero ya no encontró a nadie. Feldon, cubierto por su esfera de invisibilidad, escapaba a todo correr hacia la salida del recinto, lo que consiguió sin la menor dificultad.

Durante unos segundos, el presidente permaneció inmóvil. Luego se

agachó y recogió el sobre.

A continuación se dirigió a su despacho privado. Diez minutos más tarde, adquiría la seguridad de que no le habían engañado.

Sus ojos relucieron de satisfacción. Alargó la mano y tocó una tecla. Alguien contestó de inmediato:

—Excelencia...

—Por favor, ordene que llamen inmediatamente al coronel Schwarzkopf. Ah, y díganle también que venga acompañado de su ayudante personal, el capitán Owitt.

—Excelencia, el coronel, en estos momentos, no se encuentra aquí...

—Lo sé de sobra, pero quiero que venga inmediatamente. Es un asunto de la mayor importancia, ¿entendido?

—Sí, señor.

El jefe de seguridad actuó con rapidez. Una hora más tarde, Schwarzkopf y Owitt entraban en el despacho presidencial.

—Señor... —saludaron a un tiempo.

Había una chimenea encendida, en la que ardía un montón de papeles. El presidente fijó la mirada en Schwarzkopf.

—Coronel, ¿a que no adivina usted lo que se está quemando en el hogar? —dijo.

—Pues... unos papeles... Sin importancia, supongo, señor.

—En efecto, ya no tienen ninguna importancia. Las cenizas carecen siempre de importancia.

Hubo un "instante de silencio. De pronto, Schwarzkopf creyó comprender.

—Sospecho que su excelencia va a pedirme que le presente mi dimisión —dijo al cabo.

—Ya la he aceptado, ex coronel. Salga de este despacho y no vuelva a verme jamás en los días de mi vida. Y, otra cosa: le aconsejo que se busque un buen abogado defensor, porque he ordenado se abra una investigación para averiguar las causas exactas de la muerte de Tania Sherr.

Schwarzkopf se puso lívido. A su lado, Owitt acarició la funda de la pistola que pendía de su cinturón.

El presidente le miró fríamente.

—Le aconsejo no lo haga, capitán —dijo—. No saldría vivo de esta residencia. ¿O es que cree que mi escolta me ha abandonado?

Owitt respingó. Bruscamente, Schwarzkopf dio media vuelta y se dirigió hacia la salida.

—Adiós, excelencia.

—Para siempre, ex coronel.

Los dos hombres salieron sin dificultades. El presidente no quería un escándalo. Prefería que las cosas quedaran como estaban.

En el aeromóvil. Schwarzkopf se volvió hacia su esbirro.

—Capitán, ¿se imagina de dónde procede este golpe, que ya no podemos contrarrestar?

—El periodista —dijo Owitt sombríamente.

—Exacto, amigo mío.

—Por lo visto, consiguió esos documentos y el presidente los ha destruido. Pero ¿cómo lo hizo? Nadie, ni yo siquiera, aunque conocía su existencia, sabía dónde estaban...

Schwarzkopf entornó los ojos.

—Creo que ya sé cómo lo consiguieron. La noche de la fiesta, aquella hermosa muchacha... Hay un espacio en blanco en mi mente y sospecho que me drogaron...

—¿Le drogaron, señor? —se asombró Owitt—, ¡Eso es imposible! Todas las bebidas y los alimentos estaban controlados al máximo...

Schwarzopf exhaló una risa sarcástica.

—¿También estaba controlado el humo del cigarrillo que encendió la chica? Es lo último que recuerdo de ella; cuando volví en sí, había desaparecido... llevándose mi secreto más valioso, el que me permitía tirar de la oreja al presidente siempre que se me antojaba.

—Hasta ahora no lo ha recordado usted, señor.

—Porque no se había mencionado el asunto. Pero sabiendo que los documentos han sido destruidos, me resulta fácil imaginar cómo supieron su escondite.

—Bien, todo eso puede ser cierto, pero ¿qué hacemos ahora nosotros, coronel? Porque, desde luego, una cosa puede tener usted por segura: yo puse el cianuro en la botella, pero si me atrapan, hablaré. De modo que empiece a pensar, porque los dos estamos en el mismo bote. ¿Lo ha comprendido?

—Capitán, creo que tenemos una salida —dijo Schwarzkopf.

—¿Sí? $_{0}$Cuál, señor?

—La nave del profesor Mirkoff.

—¿Servirá, coronel? Es un modelo muy primitivo y la nuestra se destruyó cuando...

Schwarzkopf alzó una mano.

—Silencio, Owitt, ni una palabra más. A fin de cuentas, es un vehículo y para trasladarse en la Tierra de un punto a otro tanto sirve una bicicleta como el aeromóvil más rápido. Se tarda más tiempo, pero también se llega, ¿comprende?

Owitt asintió.

—Sí, señor. Hemos fracasado... pero, al menos, no nos echarán el guante —convino.

* * *

Cuando llegó a la casa del profesor, Feldon se dirigió di rectamente al dormitorio de Kilda.

La joven descansaba apaciblemente. El corazón de Feldon sangró. ¿Cuándo volvería a la normalidad?

¿Conseguiría que recuperase la razón, realizando aquel arriesgado vuelo en la órbita del planeta?

—Maldito curso acelerado., —rezongó.

Luego fue a ver al profesor, pero no estaba en su dormitorio y lo encontró en el cobertizo. Mirkoff salía de la nave en aquel momento y sonrió.

—Sospecho que has tenido un éxito completo —dijo.

—Es cierto, profesor —contestó el joven—. Lo he conseguido, pero... dígame, ¿cuándo puedo empezar el experimento?

—Estás impaciente, ¿eh? —dijo Mirkoff—. Pero has pasado la noche en vela y te convendría un poco de descanso...

—No, quiero empezar inmediatamente. ¿Está lista su nave?

—Pues...

Mirkoff no tuvo tiempo de decir nada. Fuera se había encendido súbitamente una luz muy brillante, dirigida rectamente hacia la puerta del cobertizo.

Los dos hombres se volvieron en el acto. A contraluz de la que emitía aquel deslumbrante foco, pudieron ver la silueta de un hombre que se encaminaba pausadamente hacia ellos.

El resplandor se atenuó cuando el desconocido hubo llegado al umbral. Durante unos segundos, Feldon, Mirkoff y el recién llegado, se contemplaron mutuamente en silencio.

Luego, el desconocido sonrió:

—Una bonita nave, profesor —dijo.

Mirkoff reaccionó rápidamente.

—¿Quién es usted, señor? Le advierto que si viene con intenciones hostiles...

El profesor tenía en la mano una pesada llave inglesa y la blandió amenazadoramente. El desconocido hizo un ademán tranquilizador.

—Vengo en son de paz —declaró—. Soy Nimhur, de Siddonia.

Feldon oyó aquellas palabras y casi se desmayó.

En ningún momento se le ocurrió pensar que el llamado Ninhur era un impostor. Apenas se hubo presentado, adquirió la convicción de que era un ser procedente de un mundo situado a cientos de años luz de distancia.

Y entonces comprendió de golpe la opción de Schwarzkopf al proyectado viaje del profesor.

CAPITULO XII

—Tenemos más observadores en vuestro planeta —declaró Nimhur unos minutos más tarde—. Pero no debéis temer, porque no son realmente espías ni han venido a hacer otra cosa que observar vuestras costumbres, sin necesidad de robar secretos de alto interés estratégico ni planos de armas, máquinas o naves. Sólo quieren estudiar a la Tierra y a sus habitantes, para el día en que mi mundo y el vuestro puedan entablar relaciones pacíficas amistosas.

—Algunos de esos observadores no han actuado con demasiada ética que digamos —se quejó Feldon.

—Lo sé, y por eso estoy aquí —respondió Nimhur—. Los informes que hemos recibido hablan de la conducta reprobable de uno de nuestros observadores. De dos, mejor dicho. Quebrantaron las reglas de comportamiento y se me envió para solucionar este asunto tan desagradable.

—Nosotros lo conocemos bajo el nombre de coronel Schwarzkopf. El otro es un tal capitán Owitt...

—Seguiremos dándoles esos nombres por ahora; los auténticos importan poco. Pero no cabe duda de que flaquearon en su misión y la ambición se apoderó de sus mentes. Pudieron conseguirlo con cierta facilidad y sospecho que ambos pretendían hacerse con el control de este planeta, a través de personas interpuesta, en este caso, vuestro presidente.

—Hasta ahora, lo habían logrado. Pero ya les hemos arrancado los dientes —sonrió Feldon.

Mirkoff alzó una mano.

—Nimhur, supongo que usted ha venido en una nave infinitamente más perfecta que la mía. Me gustaría verla...

El siddoniano sonrió.

—Lo siento —manifestó—. El aparato que tengo ahí afuera es sólo lo que ustedes llamarían un bote salvavidas, aunque dotado de algunos instrumentos desconocidos para ustedes, como, por ejemplo, los sistemas antidetección. La nave principal está allá arriba y es demasiado voluminosa para que la haga descender a tierra.

—Debe de ser algo maravilloso —suspiró Mirkoff—. Y, dígame, ¿tardan mucho en el viaje?

—No se lo creería usted, profesor.

—Bueno, pero diga cuánto —terció Feldon, impaciente.

—Una vez en el espacio y adquirida cierta velocidad, para arrancarla a la inercia, la nave se mueve por energía mental. Nosotros lo llamamos un psicomóvil y eso nos permite viajes prácticamente instantáneos —contestó Nimhur.

Mirkoff y el joven tenían la boca abierta.

—Increíble —dijo el primero.

—Fantástico —añadió Feldon.

—Pero no todos los siddonianos son aptos para pilotar una de estas naves —dijo Nimhur.

—Sí, claro, se comprende... aunque, dígame, esas portentosas facultades, ¿les permiten penetrar en el pensamiento de otra persona? —preguntó el joven.

—No. Son procedimientos muy complicados que... Perdonen, pero sería demasiado largo de explicar y yo he hecho un viaje de cierta urgencia. Debo llevarme a dos traidores para que sean juzgados con arreglo a nuestras leyes.

De repente, se oyó un ruido en el exterior.

Alguien emitió un juramento.

—Maldito pedrusco...

Feldon fue el primero en reaccionar y empujó a los otros dos hacia un rincón en sombras.

—Creo que no va a tener que buscar mucho, Nimhur —dijo.

* * *

Schwarzkopf y Owitt alcanzaron el recinto y se detuvieron a pocos pasos de la escalera de acceso a la escotilla.

—Bien —dijo el primero—, lo hemos conseguido...

—¿Cuánto tardaremos, coronel?

—Bastante más de lo que es habitual entre nosotros, pero llegaremos, que es lo que importa.

—Tendremos que dar muchas explicaciones, señor.

—Eso corre de mi cuenta, no se preocupe. Siempre podemos alegar errores en el comportamiento... No seríamos los primeros, por otra parte.

Súbitamente, Nimhur dio un pasó al frente.

—Dudo mucho de que haya quien exculpe su inexcusable comportamiento, coronel, capitán —dijo Nimhur con voz tajante—. He venido a la Tierra para llevarles arrestados a Siddonia, donde tendrán que responder de sus acciones ante...

Owitt actuó con velocidad relampagueante. Girando en redondo, cuando todavía hablaba Nimhur, sacó su pistola y disparó hacia el lugar de donde procedía la voz.

—¡Aprisa, coronel! Larguémonos de aquí cuanto antes.

Los dos hombres saltaron al interior de la nave, antes de que Mirkoff y el joven pudieran hacer nada. Feldon, por su parte, prefirió permanecer quieto, temeroso de recibir un proyectil.

Mirkoff intentó evitar que los dos sujetos se apoderasen de su nave, pero Feldon lo sujetó por un brazo.

—No se arriesgue, profesor.

—Es que quería decirles que...

—Si se van, buen viaje.

—Pero Kilda...

La nave alzaba ya el vuelo. Feldon se arrodilló junto a Nimhur, que yacía en el suelo sin sentido.

—Nos ayudará —dijo—. Cuando se haya curado, le pediremos que cure a Kilda. No nos negará este favor, supongo.

—Kilda se curará también —aseguró Mirkoff.

Examinó la herida de Nimhur y sonrió.

—No es grave —añadió—. Además, en mis tiempos conseguí el título de médico. Yo mismo me ocuparé de atenderle.

Bower apareció en aquel instante, con los ojos cargados de sueño.

—*¿Qué* diablos pasa aquí? He oído un disparo... ¡Atiza! ¿Quién es ese tipo? —exclamó.

—Dan, ayúdame a levantarlo —pidió el joven—. Luego te explicaremos.

—Sí, Nick, lo que tú digas.

Nimhur empezó a recobrar el conocimiento cuando el profesor se

ocupaba de cortar la hemorragia producida por el impacto. Afortunadamente, el proyectil, de alta velocidad, había atravesado limpiamente el cuerpo, a la altura del hombro derecho.

—Nick —dijo el siddoniano—, sal fuera; en la nave auxiliar; encontrarás una caja marcada con dos círculos blancos sobre fondo verde profundo. Es la insignia de Siddonia, correspondiente a vuestra Cruz Roja.

—Sí, ahora mismo.

Feldon volvió a poco con la caja, de la que Nimhur extrajo un tubo de algo que parecía pasta transparente.

—Profesor, quíteme los vendajes y aplique la pasta a los agujeros de bala. Es... digamos cerulina hemostática y regenerativa de las células. En veinticuatro horas estaré como nuevo...

—¡Le compro la patente! —gritó Bower en todo jovial.

—El intercambio entre los dos planetas podría dar frutos mejores, si evitáramos la presencia de tipos como Schwarzkopf y su esbirro —masculló el joven—. Bueno, después de la nochecita que he pasado, creo que necesito un poco de café. Voy a la cocina a prepararlo para todos.

Feldon abandonó su propio dormitorio, que era adonde había sido trasladado el siddoniano. Llegó a la cocina y oyó una voz:

—Un minuto, Nick, por favor; el agua hervirá muy pronto.

—Está bien, esperaré —contestó Feldon. De súbito, lanzó un aullido —: ¡Kilda! Estás curada... ¿O acaso estoy soñando?

La joven se volvió y le dirigió una encantadora sonrisa.

—¿He estado enferma? —preguntó—. Simplemente, me desperté y vi que era hora de preparar los desayunos, eso es todo. ¿De dónde te has

sacado que estoy curada, si no he estado enferma, Nick?

El joven se pasó una mano por la cara.

Kilda no recordaba nada de lo ocurrido, desde el momento en que perdió el conocimiento. En su vida, había un período de tiempo de total amnesia, una serie de días que no existían ahora para ella.

Se lo contaría en otro momento, pensó, sintiéndose enormemente satisfecho del fallo en las predicciones del doctor Krony. Aunque éste también había dicho que algunos de los pacientes curaban por si mismos.

Kilda, evidentemente, era uno de aquellos casos. No importaba cómo se hubiera curado; lo que sí resultaba evidente era su vuelta a la normalidad.

—Por cierto —dijo ella de pronto—, ¿dónde está Dan? Creo que tendremos que actuar rápidamente, para localizar esos documentos...

Feldon sonrió, se acercó a ella y le pasó una mano por la cintura.

—Preciosa, mientras dormías. Dan y yo encontramos los documentos..., pero ya te explicaré. Entretanto, ¿por qué no hablamos de otra cosa?

—¿Qué otra cosa, Nick?

—Algo sobre boda, luna de miel y demás, ¿eh?

—No está mal pensado —convino Kilda—. ¿Y después?

—¿Te preocupa el «después»?

Ella se volvió y se colgó de su cuello.

—Junto a ti, no me preocupa en absoluto —exclamó ardientemente.

Iban a besarse cuando apareció el profesor en el umbral.

—¡Caramba. Kilda! ¡Cuánto me alegro...!

Feldon hizo señas al profesor para que callase. Mirkoff comprendió en el acto y carraspeó.

—Tomaré una taza de café, si no les importa —dijo.

—Sí, y después contaremos a mi futura todo lo que hemos hecho... mientras ella «dormía» —manifestó Feldon.

—Debe de ser muy interesante —dijo ella .

—No puedes imaginártelo —sonrió el joven.

* * *

—Hay algo que todavía no nos ha explicado, profesor —dijo Feldon —. Usted declaró que ya conocía las causas por las que Schwarzkopf le prohibió emprender el viaje a Siddonia, pero nosotros no lo sabemos aún. ¿Puede decírnoslo?

—Es bien sencillo —respondió el interpelado—:. Schwarzkopf no quería que se descubriese su origen extraterrestre. Un amigo mío, conocido odontólogo, le hizo una radiografía de la boca para curarle una leve dolencia y descubrió que tenía nada menos que treinta y ocho piezas. Lo mismo sucedía con Owitt. No es una cosa corriente y pensé que podía tratarse de un extraterrestre, cosa que confirmó Nimhur más tarde. No te vayas a creer que estuve parado durante todo este tiempo; a fin de cuentas, me relaciono con muchos colegas que practican toda clase de ciencias y quería adquirir el mayor número de detalles posibles sobre Schwarzkopf y su esbirro. También él, por su posición, tenía que tratarse con científicos y...

—Basta, no siga —cortó el joven, precisamente en el momento en que Bower penetraba en la sala, blandiendo alegremente un par de papeles.

—¡Nick, muchacho, nuestro indulto! —exclamó-—. Firmado nada menos que por el presidente en persona. ¿Qué te parece?

Feldon suspiró.

—Ahora ya podré salir a la calle sin tener que mirar constantemente por encima del hombro, para ver si me sigue un policía —dijo.

—Te seguirá alguien de aspecto mucho más agradable —dijo Bower, aludiendo a Kilda, agarrada con ambas manos al brazo izquierdo de su futuro.

Bruscamente, se oyó un suave tañido musical. Mirkoff volvió la cabeza en determinada dirección.

—¡Mi nave está a punto de regresar! —exclamó.

Feldon respingó.

—Vendrán esos dos tipos, armados...

—Buscaremos unos buenos garrotes y nos situaremos a ambos lados de la escotilla —dijo Bower belicosamente—. Tengo ganas de darles unos cuantos golpes...

—No será necesario —manifestó Mirkoff—. Vamos, venid todos conmigo.

La nave descendía lentamente cuando llegaron al cobertizo. Una vez se hubo posado en el suelo, vieron que se abría la escotilla y se desplegaba la escalera automática.

Pero nadie salió de su interior. Intrigado, Feldon trepó de un salto, cruzó la escotilla y se dirigió a la cámara de mando. Al llegar allí, vio algo que le horrorizó.

Sentados en los sillones del piloto y el copiloto, había dos esqueletos, de huesos muy blancos, vestidos con algunos jirones de ropas. Durante unos segundos, permaneció petrificado, absolutamente inmóvil.

De pronto, oyó la voz del profesor a sus espaldas:

—Hice un bloqueo de los mandos, para evitar que pudieras cometer una imprudencia involuntaria, cuando viajaras con Kilda en busca del momento en que inició su doctorado acelerado —explicó—. La nave podía ascender hasta los treinta y seis mil kilómetros, pero sin posibilidades de alejarse a distancias superiores. En cambio, no toqué para nada el mando de velocidad.

—Y ellos, supongo, desesperados por no poder huir de la Tierra, dieron el máximo de potencia...

—Y así, en pocos días, pasaron para ambos varios siglos. Su vida transcurrió en menos de una semana; luego la carne se convirtió en polvo y...

—Basta, no siga —cortó Feldon—. Profesor, ¿quiere esto decir que no podemos traspasar las fronteras de la Galaxia?

—En la Galaxia no hay fronteras —respondió Mirkoff solemnemente —. Tales límites existen solamente en las mentes de los hombres que quieren poner fronteras a la imaginación de otros.

—Sí, eso es cierto —convino el joven. Giró en redondo y se volvió hacia Kilda—. ¿Habrá fronteras para nosotros dos, querida? —preguntó.

Ella le abrazó estrechamente.

—Nuestro espacio, aunque pequeño, es ilimitado —respondió.

Feldon levantó la mirada hacia las estrellas. Deseó viva mente salir de la Tierra, volar hacia mundos desconocidos, contemplar otros planetas, entablar relaciones con otras gentes...

—Profesor, ¿haremos alguna vez el viaje a Siddonia?—preguntó.

Mirkoff asintió.

—No tardaremos mucho —aseguró.

FIN